

El Puente Quebrado

Nueve Relatos de Guerra, Memoranza
y una Marcha de Amor



Miranda Gandi

Cecilia Martínez von Vriesen nace en Valdivia en noviembre 1940. Infancia y adolescencia transcurren en el sur de Chile, entre Temuco, la Unión y Puerto Montt. En 1964 se gradúa como Profesora de Estado en la asignatura de Inglés en Universidad de Concepción. Entre 1965 y 1967 trabaja en Cía. de Acero del Pacífico (Planta Huachipato) como asistente en el proceso de compras de importación. Ha estudiado alemán en el Goethe Institut, Concepción, y continúa en Santiago en 1968. Tras una permanencia de 4 años en la capital, llega a residir en Alemania Federal entre 1972 y 1976 junto a su esposo chileno-alemán y los 2 hijos nacidos en Santiago. En Europa visitan diversos países, entre ellos, Austria, Suiza, Italia, Yugoslavia, Rumanía, Bélgica, Inglaterra, Francia y España. Entre 1976 y 1984 reside con sus hijos en Concepción, en donde comienza un largo período de trabajos temporales como secretaria ejecutiva bilingüe y traductora de Inglés y alemán. Los siguientes diecisiete años transcurren en Santiago, ocupándose en comercio exterior, secretariado ejecutivo bilingüe, traducción y, finalmente, publicaciones geológicas. Desde Santiago visita isla Juan Fernández, norte de Chile, Bolivia, Perú, Colombia, Uruguay, Paraguay y la frontera brasileña. En 1994 (53 años) descubre una vocación tardía y definitiva por la escritura. Bajo el seudónimo registrado Miranda Gandi publica en 1995 el poemario *Versos escondidos* e ingresa a la Sociedad de Escritores en Santiago de Chile. En 1996 le sucede *El grito en la sombra*. En 2002 (61 años) se acoge a retiro y se instala en el pueblo de Loncura, aldeaño a Quintero, sólo a escribir. En 2009 sale de este ostracismo a leer en público en Quintero.

Continúa en solapa 2

En 2011 actúa como jurado en el concurso literario *Alma de Mujer*, organizado por Comité de Damas Rotary Club Quintero; y crea en esa ciudad el Ciclo Literario, un programa de lecturas de escritores residentes en la comuna, e invitados. En 2012 funda el Círculo Literario de Quintero a fin de continuar desarrollando el Ciclo de Lecturas en espacios comunales. A fines de 2013 ingresa a la Sociedad de Escritores de Valparaíso y participa en enero 2014 en la 32ª Feria Internacional del Libro de Viña del Mar, con una segunda edición ampliada del libro *El grito en la sombra*; publicación que dedica una Segunda Parte a estas últimas actividades literarias en Quintero.

Publicaciones (Poesía)

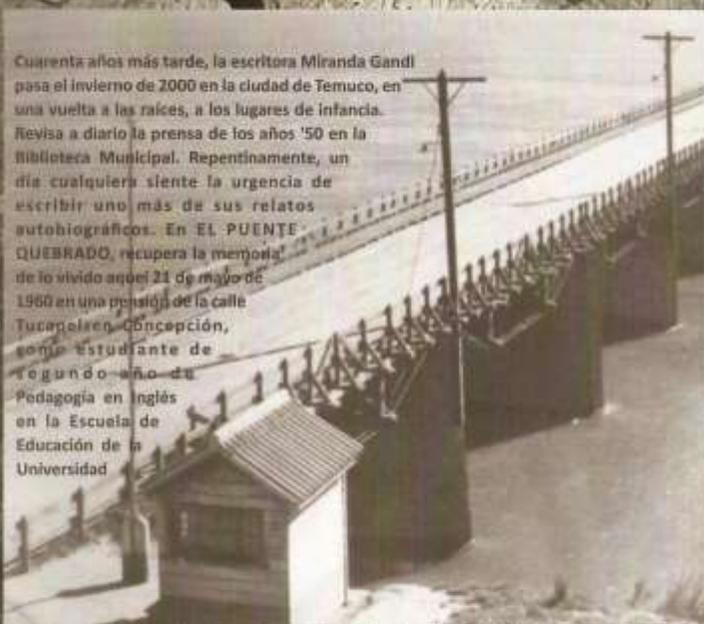
- Versos escondidos, MG Ediciones, Stgo., 1995
- El grito en la sombra, MG Ediciones, Stgo., 1996
- Poemas y traducciones, Revista SAFO, Stgo., 1995/2001
- El grito en la sombra, 2ª edición ampliada, MG Ediciones, Valparaíso 2014

Obras inéditas Género

- Oficios, Reflejos epigramáticos Epigramas
- Polvo de arcilla... Polvo de estrellas Poesía
- Emily Dickimón, Mi lectura Traducción Poética
- Poemas urbanos Poesía
- Un canal... Un camino... Relatos
- Impresiones de Elisa
- Mas chilena que los porotos... Relatos
- De nuestra identidad
- Los Simulacros del Amor Novela
- (en revisión)
- Josefina y Rosamundo Novela
- (en revisión)

Nota: Muchos de estos poemas, epigramas, relatos y capítulos de novela, junto a pequeños ensayos de la obra inédita, han sido incluidos en público, citados como epígrafes en otras publicaciones, y obsequiados al público en forma de pequeños dípticos impresos.

El 21 de mayo de 1960 a las 6:02 hrs. un terremoto grado 7,5 en la escala Richter sacude a la Península de Arauco. Es el amanecer de fiestas de recepción de mechones en la Universidad de Concepción. Las edificaciones antiguas caen o son fuertemente afectadas por el sismo, entre ellas muchas pensiones de estudiantes. La Universidad pierde su hermoso Teatro, el que debido a la magnitud de los daños no podrá ser recuperado. También el único puente carretero y peatonal que une a la ciudad con las comunidades de San Pedro y Santa Juana sufre fracturas considerables.



Cuarenta años más tarde, la escritora Miranda Gandi pasa el invierno de 2000 en la ciudad de Temuco, en una vuelta a las raíces, a los lugares de infancia. Revisa a diario la prensa de los años '50 en la Biblioteca Municipal. Repentinamente, un día cualquiera siente la urgencia de escribir uno más de sus relatos autobiográficos. En EL PUENTE QUEBRADO, recupera la memoria de lo vivido aquel 21 de mayo de 1960 en una pensión de la calle Tucapel en Concepción, como estudiante de segundo año de Pedagogía en Inglés en la Escuela de Educación de la Universidad

Será el relato inaugural—y metáfora del desencuentro entre los sexos— de este volumen que se inicia con marchas de guerra alemanas cantadas "a grito pelado" sobre el Puente Viejo del Bío Bío, en medio de las réplicas del terremoto del '60, y es cerrado magistralmente con la Marcha de Amor..., un 'remake' de Lily Marten, escrito 42 años después, en Santiago.

Miranda Gandi, *El Puente quebrado*

Nueve Relatos de Guerra, Memoranza y una Marcha de Amor

Edición digital

ISBN 978-956-404-216-9

Junio de 2021

Santiago de Chile

www.mirandagandi.cl

EL PUENTE QUEBRADO.

NUEVE RELATOS DE GUERRA, MEMORANZA Y UNA MARCHA DE AMOR.

MIRANDA GANDI

© Miranda Gandi

Registro de Propiedad Intelectual N° 147.879 de 2005

ISBN N° 978-956-358-164-5

Derechos reservados para todos los países

Primera edición limitada

Valparaíso, Chile, 2014

Fotografía portada: Colección Iconográfica de don Alejandro Mihovilovich, Biblioteca Municipal de Concepción, Chile

Fotografía contraportada: Página WEB www.flickr.com/photos/conce_antiguo/7770170370/

Diseño portada: Editorial Alba S.A.

Impreso en Editorial Alba S.A.

El Puente Quebrado
Nueve Relatos de Guerra, Memoranza
y una Marcha de Amor

Miranda Gandi

*Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser.*

¡¿Puede ser?!
Don Antonio,
permitidme os responder:
Mujer
es sólo mitad de mujer
si no es amada por hombre.

Es más,
que ni siquiera es un nombre
hasta que labios de un Hombre
pronuncian su nombre:
Mujer

CONTENIDO

(de esta edición digital)

Epígrafe (con Antonio Machado)	5
Prefacio a manera de Presentación	7
El puente quebrado	12
La verdadera leyenda de las Galateas	27
Las Violetas	31
Castración	49
“¿Flores, señorita? ¿Quiere flores, el señor?”	51
Marianita. Una historia entre siglos	56
¡Tanto amor!	59
Blanco y negro	63
Señora solitaria (El ‘destape’ de la Gioconda)	69
Memoranza	87
“Lily Marlen”. Marcha de amor	89

PREFACIO A MANERA DE PRESENTACIÓN

Los relatos presentados hoy al lector –incluidos dos que no entrarán a formar parte de la presente edición (en total el libro estaría formado originalmente por once relatos)– fueron escritos alrededor del año 2000. El libro completo con sus 11 relatos originales, el texto intitulado Memoranza, y el remake “Lily Marlen”, Marcha de Amor, fue presentado al Concurso 2005 del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Categoría Obras Inéditas, Género Cuento. Esta circunstancia no sería materia de este preámbulo, a no ser por las consideraciones siguientes.

En el momento de escoger el género a concursar, la autora se estrelló de narices con la primera dificultad: había que optar por Cuento o Escrituras de la Memoria, categoría esta última que se estrenaba aquel año 2005. Los relatos son autobiográficos. Aunque... ¿cuán autobiográficos? Están basados en la realidad, no obstante... ¿qué dosis de realidad y cuánto de ficción hay en esta escritura? Sólo el creador lo sabe. Tanto como para declinar de plano el género Escrituras de la Memoria.

Existió la tentación –efímera– de hacer de ellos una novela a lo Waldo Frank (“No es el cielo”): una serie de relatos dispersos, unidos no por la trama sino por el tema. No obstante, la escritora sostuvo la defensa de su propia creación y, junto con escoger el género Cuento, adjuntó una nota al ejemplar en concurso apuntando a esta circunstancia. El *modus scribendi* había sido inaugurado en un volumen anterior (“Un canal... Un camino... Impresiones de Elisea”) y se reafirma en un tercer volumen (“Más chilena que los porotos... De nuestra Identidad”), ambos inéditos hasta hoy.⁽¹⁾

¡Autobiográficos! Hay quienes postulan que la creación artística literaria no debe, por ningún motivo, evidenciar las marcas de origen, se debe eliminar toda huella, cambiar nombres, los hechos tienen que ser disfrazados, trasladados a un lugar remoto o, mejor aún, inventado, la simulación es imperativa, el símbolo, excluyente. En algunos casos, se ha optado por alguno o varios de estos y otros artificios, aunque, nuevamente, sólo el creador lo sabe. Y jamás al extremo de desvirtuar la realidad, desfigurar la imagen, al punto de hacerlas irreconocibles. Existe, no obstante, una generosa dosis de ficción en estos relatos, tendiente sólo a cumplir con algún objetivo determinado; como el de describir, a manera de ejemplo, el cambio de un estado tanto físico como anímico a otro absolutamente antagónico, tan distanciado el uno del otro como si un abismo se hubiese instalado entre ellos; estados que no escapan al ojo del observador atento, comprometido con la vida misma y con sus verdades, y ante cuya contingencia, la pluma del escritor se declara incapaz de resistir la ‘tentación’. Plasmarlos sobre el papel llega a ser una necesidad. Es el caso del personaje Violeta en el relato Las Violetas, cuyos estados consecutivos de enamoramiento y desdicha surtieran efectos dramáticos sobre cada detalle de su fisonomía, sobre su talante en general y en su modo de relacionarse con los demás. No obstante, un relato no se sostiene únicamente sobre una descripción, de modo que todos los hechos reales fueron estudiados, separados, cortados, por así decirlo, pieza por pieza del cuerpo original en la sala de disección, como en una autopsia, y rearmados en el cuarto adjunto para dar forma a un cuerpo nuevo, utilizando cuantas prótesis fueran necesarias para echarlo a andar nuevamente, esta vez por los terrenos fértiles de la literatura.

Algún relato se habrá mantenido absolutamente fiel a su origen, en todas sus dimensiones. Dejaremos al lector profundo la tarea de descifrar la verdad verdadera que se oculta tras ellos; y al lector frívolo, la vana entretención de rastrear, si le inquieta y le apetece, el personaje real tras el literario. Lo relevante no es ‘quién’ está tras la experiencia humana, sino la experiencia misma. Los nombres pasan, la vivencia permanece y traspasa el tiempo histórico pasando a formar parte del acervo atávico del género humano, enriqueciendo el inconsciente colectivo, como cada partícula del humus, cada grano de sedimento van precipitando los estratos de la corteza terrestre.

Redunda aclarar al lector entrenado que el segundo relato, “La verdadera Leyenda de las Galateas”, es el único que debe cada molécula de su cuerpo a la imaginación pura (o a los deseos ocultos) de la autora.

Escribir es una necesidad, está en vuestro interior, esto tiene necesidad de salir, y de salir bajo esta forma. [...] Hay que haber leído a los autores, haberlos digerido, haber experimentado la necesidad de hacerlo mejor que ellos. Un escritor es sin duda alguien imperfecto, que no está terminado, y que escribe, justamente, con vista a esta culminación, que busca incansablemente esta perfección... Así describe J-M.G. Le Clézio, el oficio de escribir.

Acaso el Hombre de Cromañón en las cuevas de Altamira en España sintió esta misma necesidad, al pintar sobre la roca cantábrica alces y bisontes –fuente de alimentación y subsistencia–, y aquellas pequeñas vulvas femeninas –fuente del placer más intenso y abrumador que el ser humano (varón, en el caso de este artista) puede experimentar en esta vida, y al mismo tiempo llave al arcano de la procreación y la perpetuación de la especie, aunque él aún no lo vislumbrase–.

La necesidad imperativa de testificar: *Yo estuve aquí. Esto es lo que vi. Esto sentí.*

Necesidad de comunicar: *Aquí dejo mi testimonio. Te lo quiero contar. Te lo quiero mostrar.*

El lenguaje es comunicación. El lenguaje de las palabras, el lenguaje de las imágenes es comunicación. El lenguaje de la música es comunicación. El lenguaje de todas las artes es comunicación. Es esta necesidad, en las palabras de Le Clézio, de participar a otro lo vivido en este paso por nuestra patria estelar llamada Tierra. En la diversidad de formas, la sensibilidad y originalidad del artista encuentra el cauce apropiado por el que ha de verter todo el contenido de esta urgencia, antes de partir hacia lo desconocido.

La búsqueda de la perfección de la obra artística, de la cual nos habla Le Clézio, acaso sea también la necesidad, el anhelo de paliar lo humano imperfecto con que el Hombre deambula y va dejando su huella en el mundo literalmente imperfecto a donde ha sido ‘lanzado’ –sin habersele consultado previamente– con todas sus humanas carencias, como quien dice, a arreglárselas como pueda.

Y las manos del artista cromañón de las cavernas, por otro lado, estampadas un poco más allá sobre la roca, en forma de siluetas, son la rúbrica, representan el *Este soy yo, situado en este tiempo y en este espacio. Y éstas son mis herramientas, con ellas capturo y recolecto el alimento, con ellas cojo a mi hembra, con ellas protejo nuestras cabezas de las inclemencias del tiempo. Con ellas dejo este testimonio.* Son, al mismo tiempo, no sólo su identificación sino su individuación y su boleto de entrada a la perpetuidad.

Estremece el pensar cómo en la nebulosa de un cerebro todavía en sus primeras etapas de evolución, este ser primitivo tuvo este atisbo hacia

la inmortalidad. Al pintor Pablo Picasso se atribuye una, o ambas de las siguientes afirmaciones, al contemplar por primera vez la extraordinaria galería de pinturas rupestres en las cordilleras cantábricas de España: “*desde Altamira todo es decadencia*”, o “*ninguno de nosotros es capaz de pintar así*”. Ningún alma sensible puede quedar impertérrita ante la belleza de las imágenes realistas, ante la expresión naturalista de la vida animada que rodeaba al artista. Ningún ser humano ‘civilizado’ puede no quedar atónito ante la sensibilidad y la perfección –sobre todo la sensibilidad– alcanzadas por el artista cromañón. Desde luego, no esta escritora quien, a medida que iba llenando página tras página de cristal líquido con su prosa y sus versos digitales, inscribió en algún momento (alrededor de 2004) en su cuaderno de epigramas manuscritos, el siguiente:

Mi tapiz cantábrico

No canto

porque vivo o porque he vivido.

Canto

porque he comenzado a morir.

Miranda Gandi

Loncura, Quintero, septiembre de 2014

(1) Nota para esta edición digital

A la fecha presente (jun. 2021), el libro “Un Canal... Un Camino... Impresiones de Elisea” ha sido autoeditado en Valparaíso (Chile), en nov. 2016, y su versión digital se encuentra igualmente disponible en el menú BIBLIOGRAFÍA

El puente quebrado

Para la maestra Anita Venegas y su familia, en Temuco ⁽¹⁾

–¡Levántense!...

¡Yaah!, ¡¡despierten!!

La Gringa –de Biología– recorre frenética la pieza a oscuras y reparte almohadazos y zarandeos por doquier.

–¡Levántense de una vez por todas, que está temblando!

Saltamos las tres de la cama a un tiempo, tanteando por sobre las colchas en busca de las batas de levantarse...

–¡Nada! –grita la Gringa, enardecida por nuestra lerdeza– ¡¡Hay que salir!!

La pieza entera se menea y el ropero nos sale al encuentro con su silueta bamboleante ante el blanco ahora desmesurado de nuestros ojos. En la semioscuridad del cuarto, el piso huye bajo nuestros pies desnudos. Entre abismos y crestas de lo que semeja un mar embravecido, nos las arreglamos para ganar finalmente la puerta.

En la galería se prende a nuestros talones un segundo hatajo humano, impelido por la oscilación de una pared a la otra, en dirección a la puerta de calle de la pensión bajo el frío de las 6 de la madrugada. Unas chillan descontroladas, otras imploran y se persignan, las restantes se abrazan, gimoteantes. La Gringa y yo reservamos nuestras energías para tomar posesión, en un par de zancadas, del primer dintel de la mampara.

Apenas amaina un poco, la Gringa y yo contemplamos, abismadas, nuestro cuarto de pensión en Tucapel 30 al primer clareo de la mañana del 21 de mayo de 1960, asomadas a la ventana alta y estrecha

abierta a la galería: dos feroces grietas cruzan, ominosas, de arriba abajo el estuco y el adobe de la muralla de ladrillos del fondo, contra cuya base se apoyan las cabeceras de tres de nuestros cuatro somieres con patas. El plumón de la Gringa es un revoltijo blanco y retorcido en medio del colchón. Me pregunto cómo se las arregló para saltar con tal presteza de entre aquel embrollo de tela y plumas de pecho de ganso. Cuando la Gringa se enrolla en su plumón, no se le ve ni la punta de sus cabellos rubios y lacios, un poco grasientos y ligeramente pegoteados. Y... ¿cómo supo la Gringa que era terremoto y no un simple temblor?

La Maxi –de Castellano– aprovecha los minutos de tregua para trasladar colchón y petacas y retozar bajo las frazadas, entre réplica y réplica, con Fernando –del último año del Liceo de Hombres–, único varón que ha pernoctado en la pensión en esta noche de recepciones de mechones en la Universidad de Concepción. Todo el pensionado femenino en masa se ha arranchado ahora sobre el piso encerado del gran comedor, usualmente a oscuras y cerrado con llave, el cual ofrece las mejores garantías de seguridad considerando que su pared del fondo colinda con la de la casa vecina y que supuestamente apuntalarán sus adobes la una con la otra. Doña Maxi (curiosa coincidencia de nombres) –dueña de la pensión–, entre un temblor y el siguiente convence a una de las dos empleadas para que emprenda, como pueda, una travesía oscilante en dirección a la cocina a hervir agua... a lo largo de la galería vidriada... Entre la pared izquierda cubierta de arriba abajo y en toda su extensión con innumerables ¡cristales! de 30 x 30 cm –los que dejan pasar la luz del patio interior– y las altas ¡ventanas! interiores de la corrida de piezas alineadas en el lado opuesto del pasillo... La cocina es la última pieza de la derecha al final de esta galería interminable, cerrada al fondo por el único baño de toda la construcción. Descubrimos una nueva y

sorprendente ventaja en el orinar solidariamente en parejas: al parecer, ninguna está dispuesta a morir aplastada en soledad y en tan desmedrada actitud.

Doña Maxi ordena repartir cafecitos con inusual prodigalidad y junto con su hija, la Carmencita –del colegio Santa Filomena–, y la tía de Fernando organizan un rosario; todas en bata de levantarse repasan interminables cuentas, sentadas sobre el borde de las sillas, con los ojos un poco desorbitados fijos en la pared lateral, la mente puesta en la puerta de calle y los pies en zapatillas en posición de listas, ¡ya!

La Maruja –de Francés– se pone el abrigo sobre el camisón de dormir y corre a la cuadra siguiente de Tucapel para encontrar a su pololo –de la Escuela Dental– enterrado bajo la cama, sepultada ésta bajo un par de metros de tierra y ladrillos. Tendrá que quedarse de punto fijo hasta mediodía para abrazarlo, sano, salvo y sonriente, con esa sonrisa suya que trata de disimular agachando la cabeza y mirando como de soslayo. Apenas unas semanas antes, Antonio me ha extraído 'a tajo abierto' un par de molares que insisten en hacerme perder el juicio, en el altillo arrendado de la 'casa de las brujas', antiguo caserón encaramado en la calle Aguilera; y me ha encontrado, sorprendido, al día siguiente en pie cuando según él yo debía yacer convaleciente y gemebunda por aquel día y varios más. Aun cuando la reminiscencia del tracatraca ronco, rechinante, de la máquina antediluviana aún me destemple la dentadura sobreviviente y desate una ola de escalofríos por mi espinazo.

De los muchachos de las piezas de atrás, cerca de la cocina –unos de Matemáticas, otros de Biología, y el segundo Fernando –de Ingeniería (de apellido de familia del sur este último, rubio y distinguido, quien desentona abiertamente con nuestra fauna de medio pelo para abajo, pero a

quien todas queremos por lo menudito, buen mozo y sencillo)–, casi todos han salido en estampida de la recepción de mechones y comparecen, desalados, con la nueva de que es terremoto; de no se sabe aún cuántos grados, pues la escala de Richter al parecer reventó; que se han dado la vuelta por la calle Chacabuco, por la cual han tenido que abrirse paso entre los escombros; que medio Concepción está en el suelo; y, ¡qué bueno que aquí no pasó nada y que todas estén bien!, y ¡¡no salgan por ningún motivo a la calle!!, y ¡chao, ya volvemos!; y vuelven a salir, desalados siempre, para informarse de los amigos, compañeros, familiares y conocidos, y para traer más noticias.

La ciudad ha quedado sumida en la oscuridad y no es posible escuchar la radio. Al alba, alguien en el comedor ha desenterrado un receptor de transistores del porte de una billetera, y va repitiendo los retazos de información que logra captar entre chicharreo y chicharreo, entre un temblor y el siguiente, los que ponen a todos en pie de un salto bajo los dinteles de las puertas de calle, la de afuera y la interior. Las que no alcanzan, se apretujan en la mampara entre ambos grupos.

De vuelta en el comedor, la tía encomienda una y otra vez a la Maxi, entre un Ave María y el siguiente, que 'el niño' no se destape, de lo cual se encarga la Maxi con el máximo de fervor del que su espíritu humanitario y maternal es capaz...

Tan pronto como se hace la luz natural por completo, la Gringa y yo también salimos. Lo primero es lo primero: hay que avisar, como sea, a nuestros padres que estamos bien. Recordamos, entre todas las noticias, que los compañeros de pensión han mencionado la radio de la U y hacia allá dirigimos nuestros pasos. Como es de esperar, no tomamos la avenida Víctor Lamas con sus mansiones residenciales confortables y seguras, sino

que enfilamos derecho por calle Chacabuco. La pensión de la esquina con Orompello (la del muchacho que se desbarranca escaleras abajo toda vez que paso en dirección a la U –lo cual me huele a exageración intencionada–) está en pie, aunque exhibe los dormitorios del segundo piso a la vista de los transeúntes. No se ve un alma. Toda la muralla frontal se ha desplomado dejando camas y veladores a la vista, como una casita de muñecas deshabitada, dispuesta para el juego (me entretengo un rato tratando de imaginar cuál de ellas pertenecerá a mi admirador histriónico). Un poco más allá, se repite la escena. Y más allá... Comprendemos que nuestros compañeros no han exagerado un ápice.

La Radio de la Universidad de Concepción se mantendrá las 24 horas al pie del cataclismo, por aquel día y los siguientes: *"Perico de los Palotes, estudiante de Pedagogía en Chino Mandarín, avisa a sus padres, don Palote Mayor y doña Periquita, de TrufTruf, que se encuentra bien"*.

En Temuco, los vecinos de la panadería a la vuelta de la esquina escucharán mi mensaje en cadena radial, y correrán a avisarle a mi madre; pero ya mi padre habrá cogido un microbús destartado, que llegará esa misma noche a Concepción para partir en la mañana siguiente de regreso, con la gente comprimida como sardinas; justo para dar con el terremoto del 22 de mayo en plena cuesta de Collipulli, el cual terminará por aflojarle una de las ruedas delanteras haciéndola rodar quebrada abajo. Hasta recuperar la rueda y volver a instalarla, recién al entrar a Mulchén de noche y en la oscuridad total, sabremos que ha sido el segundo terremoto del sur, el peor, el de Valdivia y Puerto Saavedra, el cual, maremoto incluido, terminará por sumir en el cuasi anonimato al terremoto de Concepción. Al entrar, aún de noche, en Temuco encontraremos a mi madre arranchada con mis hermanos menores en la mediagua aislada de doña Nieves: hurtando el

cuerpo al cortafuegos de la casa vecina del lado contrario que se bambolea sobre nuestra propia mediagua, comprimida ésta entre el muro y nuestra casa, al igual que el peral del fondo del patio de cuyo tronco hubieron tratado infructuosamente de sujetarse durante el terremoto número dos, y desde cuya posición privilegiada pudieron observar cómo la tierra y ambas casas de dos pisos –la de concreto armado, incluido cortafuegos, y la nuestra de madera de pino– todo ondulaba y se mecía como veleritos de juguete en una fuente de agua sacudida por manos infantiles e inconscientes.

Yo habré convencido a la Gringa que lo mejor es que se venga conmigo; la Gringa, previsora, enviará carta aérea desde Temuco a sus padres en Puerto Montt, pero a ellos nunca nadie les llevará el mensaje radial y la carta tampoco llegará jamás; mientras nosotras nos dejamos regalonear por mi madre en Temuco en cama compartida y mermelada de murra y mosqueta al desayuno, por lo menos durante una semana completa, sus padres no dejarán piedra sin remover preguntando por el paradero de su hija...

El caso es que, todavía en Concepción y de vuelta de la Radio, la Gringa, sin nada más que hacer que escuchar las letanías y atosigarse con café, se queda súbitamente paralogizada...

–¡Mi hermana! ¡Tengo que ver a mi hermana en Santa Juana! – diciendo lo cual, vuelve a coger la casaca de lanilla escocesa en tonos celeste, la bufanda y los guantes de lana, y se me queda mirando...

–Bueno, ya... te acompaño –no tengo otra alternativa que calarme de nuevo el *montgomery* y los guantes, los cuales he rescatado anteriormente en una incursión relámpago al rincón de la pieza, donde el

maldito ropero y la muralla fracturada no terminan nunca de bambolearse y crujiir, cada cual en lo suyo... Deben ser cerca de las ocho de la mañana.

La Gringa y yo –de Inglés–, arrastrando a la Maruja en nuestra estela, nos hemos ayuntado en forma espontánea hará unas dos o tres pensiones atrás. Ella, con los ojos brillantes de admiración, deslumbrada por mis dos apellidos *von* –los que yo, por el contrario, detesto pues lo único que me reportan es dificultades al momento de deletrear mi nombre– y, es probable, por mi osamenta y musculatura más bien afinadas y mi piel delgada y lisa en extremo, en contraposición a su continente de anchas ancas y piel gruesa, sebácea y algo pustulosa aún, de campesina alemana. Pero la Gringa es tan sana que no sabe de envidias y yo, a mi vez, vivo subyugada, hechizada por la ingenuidad e inocencia de su mirada, por su naturalidad y su determinación.

Al final de Víctor Lamas y Esmeralda, nos detenemos en seco frente a la entrada del puente carretero, quebrada como una caja de fósforos doblada a mano. La tierra no cesa de retorcerse, convulsa, bajo la gruesa suela de crepé de nuestros mocasines.

–Oye Gringa... pero está temblando...

Tiembla cada dos minutos. Las réplicas remecen nuestro retazo de territorio nacional que parece haberse independizado del continente madre, y si no vemos el puente cimbrarse ante nuestros ojos es debido a su maciza estructura de fierro, cemento y gruesos pilares.

–¡No importa! –replica la Gringa con firmeza–. ¡Yo tengo que ver cómo está mi hermana!

Miramos el río, atravesándolo con la mirada hasta la otra orilla. Kilómetro y medio de puente, metros más, metros menos. Una nueva réplica remece el suelo bajo nuestros pies.

–Oye Gringa... pero aquí no se puede pasar. Está quebrado.

La fractura forma una perfecta ve corta de algo más de un metro por lado. Una V mayúscula. La Gringa no se amilana.

–Agárrate de la baranda, o de lo que queda de ella, o del borde, por donde puedas, y vamos bajando despacito. Después subimos igual. Yo voy delante tuyo –agrega con tono protector, tras la rápida mirada apreciativa que le conozco tan bien en toda ocasión en la que mi aparente fragilidad le merece dudas–. Cuando subamos, te colocas tú delante...

Mientras trepamos, y en la imposibilidad congénita de mantener silencio por más de dos minutos seguidos, la Gringa continúa develando el perfecto desenvolvimiento de su plan.

–Mi cuñado pasa entre las nueve y nueve y media de vuelta del reparto de huevos en San Pedro. Nos recogerá en el camino...

Llegamos sin novedad al vértice formado por el extremo superior de la V y la línea recta del puente quebrado.

–¡Ya está! ¿Te acuerdas de la marcha que te enseñé: *Wenn die Soldaten...* ?

–Síí...

Un cosquilleo me baja por las arterias y me sube a borbotones por las venas (no en vano mi abuelo alemán materno acabó huyendo de la abulia cortesana y se hizo a la mar en Hamburgo apenas cumplió los 18. En barco mercante, del cual desertó prestamente en la Isla Grande de Chiloé. En donde lo primero que avistó fue a mi abuela de trece años, medio vasca, medio inglesa –y cuyo hermano, a su vez, entre misionero e irlandés se abriera paso a hachazo limpio por la selva archipelágica–, mi abuela, digo, parada en el portal de su casa, y se dijo en perfecto alemán: ¡Con ésta me caso yo!)... Y bueno, aquí estoy sobre el puente quebrado del río BíoBío, en

medio del terremoto del '60 en Concepción, con la Gringa, de Puerto Montt, quien empieza a cantar a grito pelado:

<i>Wenn die Soldaten</i>	<i>Cuando en el pueblo</i>
<i>durch die Stadt marschieren</i>	<i>marchan los soldados</i>
<i>öffnen die Mädels</i>	<i>abren las niñas</i>
<i>die Fenster und die Türen</i>	<i>ventanas y candados</i>
<i>/: Ei warum?, Ei darum! ... :/</i>	<i>/: Ay ¿por qué? ¡Ay, pues que! ... :/</i>
<i>/: Ei bloss weg' n den Tsching</i>	<i>/: ¡Ay, porque ... laralarala</i>
<i>derassabumderassassa! :/</i>	<i>laralalá! :/</i>

(La traducción es gentileza de quien escribe para que los lectores no queden ‘colgados’)

El camino a Santa Juana, del otro lado del río, en lugar de ensancharse progresivamente al ojo, pareciera ir afinándose a medida que debiéramos avanzar a su encuentro, rodeadas de agua por todas partes. Las lluvias de abril han aumentado el caudal, alejando las orillas respectivas. En el centro del Bío Bío las réplicas pasan, a Dios gracias, casi desapercibidas. En la eventualidad..., tratamos de no pensar, mientras repetimos por centésima vez el estribillo de la marcha:

<i>/: Ei bloss weg' n den Tsching-</i>	<i>/: Ay, porque ...</i>
<i>derassaBumderassassa! :/</i>	<i>laralarala la rala lá! :/</i>
<i>Soldaten müssen</i>	<i>Soldado debes</i>
<i>die Madels küssen</i>	<i>besar las niñas</i>
<i>/:Soldaten müssen immer lustig sein,</i>	<i>/:Soldado debes siempre alegre estar,</i>
<i>lustig sein :/</i>	<i>alegre estar :/</i>

Me pregunto dónde diablos se habrán metido los archiconocidos islotes de arena, en tanto barro el ancho del cauce de soslayo con un ojo, el otro con la vista derecho al frente. Dicen que el que cae en el Bío Bío no se salva, que una corriente o el fondo de 'arena movediza' lo succionan velozmente... Eso es lo que dicen. También recuerdo, de súbito, que no sé nadar. Por si acaso, mejor ni le pregunto a la Gringa. Por lo demás, entre tanto fierro y cemento...

<i>/: Ei, wie wuppert wuppert wuppert</i>	<i>/: ¡Ay, cómo late, cómo late,</i>
<i>wuppert wuppert mir das Herz,</i>	<i>cómo late el corazón</i>
<i>aus lautem Liebesschmerz</i>	<i>de puro mal de amor!,</i>
<i>aus lautem Liebesschmerz...! :/</i>	<i>¡de puro mal de amor...!:/</i>

El cuñado nos recogerá cuando llevamos casi dos horas de medio camino asfaltado a continuación del puente, recorridos ambos a marchas forzadas. Entre réplica y réplica, de pino en pino cimbreados y amenazantes, mi repertorio de marchas, baladas y canciones del folclor alemán habrá aumentado de forma portentosa...

Cada recodo del río se retuerce de ansias de lejanía:

<i>Am Golf van Biskaya</i>	<i>En el Golfo'e Vizcaya</i>
<i>ein Mädelein stand</i>	<i>una niña lloró</i>
<i>ein blonder Matrose</i>	<i>un rubio marino</i>
<i>hält sie bei der Hand</i>	<i>su mano cogió</i>

No quedará guijarro en el camino a Santa Juana que no haya sido conmovido hasta las lágrimas por nuestros alaridos:

*Sie klagte ihr Schicksal
ibr Herz war so schwer
sie hat keine Heimat
kein Mütterlein mehr!*

*Lloraba el destino
que'l pecho le hirió
¡No tiene ya patria,
tampoco mamá!*

El río acelera su curso inverso a nuestra marcha, henchido de nostalgia de futuro pelágico:

<i>Fahr mich, in die Ferne mein blonder Matrose bei dir, mocht' ich sein in den Wellen gestossen /: Wir gehören zusammen wie der Wind und das Meer von dir mich zu trennen, ja, das fällt mir so schwer! : </i>	<i>Llévame a los mares, mi rubio marino quiero arrojarme a las olas contigo /: somos uno del otro como el viento y el mar de ti separarme, ¡no podré ya jamás! :/</i>
---	---

Cuando la camioneta del cuñado nos alcanza, ya casi no nos queda voz; nuestras piernas, por el contrario, enardecidas de marcha – habiendo dejado muy atrás, en algún lugar bajo los verdes pinos, el punto muerto de la resistencia–, hubiesen podido continuar indefinidamente... No obstante, nos trepamos con presteza y cierto alivio junto al alemanote descomunal, cuyas manazas, tres veces más grandes que las nuestras, sólo compiten en tamaño con sus propios pies... La Gringa me traduce, solícita, los dos o tres gruñidos guturales que mis oídos –mal acostumbrados al *Hoch Deutsch* (Alto Alemán) del *Goethe Institut*– no logran descifrar:

–Dice que se ha retrasado con el reparto de huevos... La gente... Todos no hacen más que querer hablar del terremoto...

La Gringa me ha puesto al corriente de la bella y tierna historia de amor entre estos dos –cuñado y hermana– resaltando de modo sutil todo lo concerniente a ciertas delicadezas y ternezas insólitas con que el gigantón ha conquistado y continúa enamorando a su hermana, quien luce como un pigmeo a su lado.

La hermana y las dos niñas –muy rubias y germanas estas últimas, la mayor de manos y pies alarmantes, de proporciones más cercanas a la madre la menor– se encuentran y se ven en perfectas condiciones dentro de sus *Dirndl* aldeanos; al igual que la casa de madera en la que cada mueble, cada rincón, cada accesorio resuda efluvios alemaniscos. La hermana de la Gringa me saluda, como de costumbre, de mano. Su mano es de proporciones normales pero, aun cuando estoy prevenida por visitas dominicales anteriores, no puedo evitar resentir el impacto y la desazón que me produce, una vez más, el contacto con una palma cuarteada, en cuya piel estriada las grietas, de bordes endurecidos, deben alcanzar sus buenos milímetros a lo profundo y a lo ancho. Es lo que he podido constatar con disimulo e incredulidad en alguna ocasión en que me he parado solícitamente a su lado, con el paño de secar los platos.

–Trabajan de igual a igual, hombro con hombro –me ha explicado la Gringa–..., en el surco, la siembra, la recolección, la cosecha, los animales...

Uno a dos años después del terremoto del '60 en Concepción, la Gringa y yo, luego de recorrer un par adicional de pensiones, unas más otras

menos destartaladas que las anteriores, hemos separado carpa y nuestros caminos se han bifurcado. Yo logro ingresar en el Hogar Universitario y ella, en alguna casa de familia alemana, recomendada por otra del Sur. Ensimismadas en nuestros estudios, cruzamos sólo de vez en cuando algunas palabras en uno de los dos grandes *halls* de la Escuela de Educación o por los senderos del Barrio Universitario. Un día me la encuentro en la Biblioteca de la Facultad y me anuncia que no se quedará a terminar la carrera. Observo un cambio muy sutil en su actitud, como si de pronto hubiese perdido la naturalidad y la ingenuidad que tanto admiré en ella; su mirada no comunica ese calor en el que me cobijaba en medio del hielo de las pensiones. Menciona, un poco displicente, que ha conocido a un joven alemán *von der Triibel* (sus ojos verdes me repasan de arriba abajo, con la barbilla muy alzada, en tanto silabea el apellido con algo parecido a la fruición. De forma inexplicable, me siento un poco empequeñecida...), quien ha estado de paso en Chile. Que se ha enamorado. Que es su primer amor, el único, el soñado, el definitivo. Y que viajará pronto a Alemania para conocer a la familia del novio y casarse (unos once años más tarde tendré la alegría de recibirlos en Nürnberg: ella y yo, madres algo estresadas, pero felices, de dos niños cada quien, de edades entre tres y cinco años. No conversaremos de 'nuestras cosas', pero habré notado una vaga impaciencia en sus gestos, y algo así como un atisbo de sumisión en la actitud del esposo, rubio, fino y hermoso como un camafeo. Por nuestra parte, el padre de mis hijos y yo tampoco lo estaremos pasando del todo bien. Pero, lo dicho, no intercambiamos confidencias ni es parte relevante de esta historia). Pasada la excitación de las buenas nuevas, y haciendo caso omiso de cierta lasitud que desciende sobre mi ánimo toda vez que me siento menoscabada sin una razón valedera, le pregunto, con mi mejor falsete de

entusiasmo, por su hermana. Sus ojos verdes, de ordinario brillantes de alegría de vivir y optimismo, y ahora de ilusiones y proyectos, se ensombrecen.

La hermana y sus dos niñas se encuentran en Puerto Montt. Viven en casa de los padres de la Gringa y las niñas asisten a la *Deutsche Schule*; misma de la cual han egresado la Gringa y todos sus hermanos. A la hermana le han ofrecido un puesto en la oficina del Agua Potable; misma en la cual el padre de la Gringa se ha ganado el pan y la educación de sus hijos durante toda su vida, en tanto por las tardes llegaba a tocar el violín o leía junto a la familia las novelas de Karl May a la lumbre de la gran cocina económica de leña, y con bastante frecuencia tomaba del talle a la madre de la Gringa y bailaba con ella sobre el piso de tablas de la casa en la población, cuidando de no triturar sus menudos pies con sus enormes zapatones del número 45. ¿El cuñado? No lo sabe, cabe suponer que sigue en el camino a Santa Juana... llevando huevos a San Pedro. Y... ¿qué pasó?, inquieten mis ojos. Nada. Alguien fue un día a confiarle a la hermana acerca de cierto almacencito en el camino a San Pedro, en las proximidades del Puente Ferroviario, ante cuya puerta cerrada la camioneta permanecía detenida más tiempo del usual, hacía ya varias temporadas. Consideraba que era tiempo que ella lo supiera. La hermana fue, vio, volvió, cogió a las niñas una en cada mano y tomó pasaje para Puerto Montt. Ni siquiera se llevó la ropa.

Vini, vidi, renui...

El Puente Viejo del BíoBío al menos, víctima del terremoto del '60, fue reparado. Otros puentes, entre ellos el que yo tuve la 'osadía' de cruzar un día, al parecer no es posible repararlos una vez quebrados. Otros

también, habrán resistido terremotos más severos que los del '60 y sobrevivirán con parches y remiendos de argamasa.

De una cosa estoy cierta: a mí me gustaría saludar de mano a la hermana de la Gringa, hoy. Exactamente a cuarenta años del terremoto del '60.

⁽¹⁾ Este relato fue escrito, en su totalidad, utilizando la aplicación Claris Works 4.0 en un computador Macintosh de la Red Enlace, facilitado por la Dirección de la ex- Escuela Estándar de Temuco – gracias a la gestión de la profesora de educación básica, Ana Venegas–, durante el invierno del año 2000. Ante la imposibilidad de recuperar el archivo digital o una copia del único ejemplar impreso, ha sido reconstruido en base a un borrador impreso obsoleto, y revisado, durante el invierno de 2004, en Loncura, Quintero. Su última revisión, previa a la impresión definitiva del libro, es de julio 2014.

La verdadera leyenda de las Galateas

Esta es la verdadera leyenda de las Galateas, esculpidas por el hombre y diseminadas por la faz de la Tierra. Aquél, tan pronto terminaba de darle forma a una estatua, comenzaba otra, en la eterna persecución del ideal femenino, de belleza, virginidad y pureza.

Las Galateas así dispersadas, se comunican entre ellas a través de la noche, cuando el silencio es propicio, y resuelven que se encuentran aburridas, solas y que su vida es estéril; por lo que piden a la diosa Afrodita que los hombres descubran su interior: tanto como su cuerpo, su mente y su alma; que se enamoren de ellas, que las amen y que les den hijos. No quieren quedarse allí, estatuas de piedra, contemplando cómo toda la creación se renueva constantemente y ellas permanecen intocadas; bellísimas, pero estériles. Las más antiguas –se quejan con voz algo ahogada por la hiedra– ya se encuentran enmohecidas, cubiertas por el musgo y los abrojos; la floresta crece por sobre y alrededor de ellas envolviéndolas y ocultándolas a las miradas de los hombres. Su vida pasa sin pena ni gloria y tarde o temprano perecerán incluso a la vida inanimada; no podrán tan siquiera alegrar la vista de los hombres, pues el humus y los estratos las irán cubriendo e invadiendo sus intersticios y terminarán sus vidas como pseudo fósiles inútiles, tan sólo para contar que estuvieron allí y que los hombres no las vieron en realidad y que no las amaron de verdad. Es el amor del hombre el que justifica su existencia y no quieren pasar a la Historia como ideales de belleza y pureza, o como objetos de pura contemplación, sino como seres con vida plena, como pasan las flores sobre la pradera, los peces en los ríos y las estrellas por el firmamento.

En su eterna búsqueda de lo inalcanzable, hombres había que tomaban una estatua del suelo, y limpiándole el lógamo verde que la ensuciaba, la frotaban y pintaban con una nueva pátina a fin de hacerla nuevamente admirable y así poder contemplarla y adorarla una vez más; pero prontamente se aburrían de ella y proseguían a esculpir una nueva estatua o pasaban a remozar alguna otra caída en el sobral. En especial estas últimas trataban infructuosamente de hablarles desde su interior, a través de sus ojos de piedra, pero los hombres no tenían oídos para escucharlas, sólo tenían ojos para contemplar, embelesados, la pureza de las líneas y la lisura de la piedra.

Las había de todas formas y materias.

Unas esbeltas, gráciles, del mármol más blanco que fuera posible imaginar, aunque gélidas y distantes en su perfección un tanto nórdica.

Otras, marfileñas o aceitunadas, de caderas ondulantes, casi tibias al tacto y por poco sensuales como una belleza del Ganges, como una odalisca otomana, o como una nativa polinésica.

Habíalas también de cabellos rizados y cortados como los muchachos y musculatura elástica y poderosa, prestas a emprender la carrera sobre las sabanas del África o las selvas del Brasil.

Estaban aquéllas cuya greda cobriza, piernas largas y cabellera ondulante y salvaje evocaban extensas llanuras americanas; en tanto acá, éstas de arcilla ambarina, pequeñas y redonditas como vasijas de mijo, veíanse prontas a trepar por los faldeos de Los Andes o asomar por entre los volcanes y piñoneros del sur del mundo.

También las había de hueso –pues el hombre no desperdiciaba material alguno en busca de su ideal–, amarillo y pulido como el marfil, de

ojos rasgados y pies ínfimos, menudas y delicadas como muñecas de una colección asiática.

En realidad, cada hombre moldeábalas según su propio ideal de belleza. Una cosa era de notar, observaron las Galateas: jamás el mismo hombre esculpía un tipo diferente, o de otro material como no fuera aquél por el cual algo en su interior sentía una marcada inclinación. Esto dio que pensar a las Galateas, pues si cada hombre perseguía siempre el mismo ideal de belleza, no comprendían por qué se obstinaban en repetir siempre el mismo modelo, *ad infinitum*, en una búsqueda sempiterna e infructuosa; lo que ellos perseguían, en definitiva, se encontraba ante sus propios ojos, y algo les impedía verlo o reconocerlo. Por tanto, las Galateas concluyeron que algún tipo de ceguera afectaba a los hombres.

Hecho este descubrimiento, las Galateas rogaron fervientemente a Afrodita que abriera los ojos de los hombres: los ojos de la cara y los ojos del alma. Y también los de su corazón, que de tanto manejar la piedra se les iba endureciendo; si la diosa no intervenía prontamente, aquél terminaría, al igual que ellas mismas, fosilizado dentro de los pechos de los hombres y ya no habría salvación para ambos en este mundo.

Es así que Afrodita tocó los ojos de la cara, los ojos del alma y los ojos del corazón de los hombres. Y cada cual quedó deslumbrado ante lo que la ceguera les había impedido, hasta entonces, ver: los cuerpos de piedra se les hacían transparentes y desde el centro mismo de éstos, un corazón ígneo resplandecía y extendía filamentos de fuego hacia el centro de sus propios pechos, lamiéndoles el propio corazón e inundándolos de calor. Al mismo tiempo, las estatuas proyectaban una luz cegadora, diáfana, cristalina a través de sus frentes, y los hombres sintieron un deseo incontenible de bañarse en aquella luz desconocida, purificadora.

Un ansia devastadora les hirió la propia alma y el deseo de fundirse en la llama y extinguirse en la luz, todo a la vez, los hizo abrazarse a los cuerpos de piedra y besar sus labios con pasión y reverencia a la vez. Y he aquí que los labios de piedra ya no eran fríos y que los brazos de piedra ya no eran duros y que los cuerpos ya no eran, en definitiva, helados, estáticos, sino tibios, mórbidos, vitales.

El desenfreno reinó durante todo aquel día y en la noche de la Tierra. Aunque no un desvarío puramente sensual, como pudiera pensarse a primera vista. Era la fiesta del reconocimiento mutuo y de la fusión, en que se amalgaman el artista y su obra, la obra y su creador, el amador y la amada, el amado y la amante, pasando a formar uno solo y enriqueciendo la Tierra con un nuevo fruto.

Algunos los hubo, sin embargo, que murieron sin haber logrado forjar su ideal o sin descubrirlo entre aquellos cuerpos de piedra, pues ya fue demasiado tarde para ellos; por lo que pasaron por este mundo sin dejar huella, como no fuera una huella de sueños inconclusos que terminaron pudriéndose en el légamo.

Es la verdadera leyenda de las Galateas. En ella no hubo reyes ni esclavas.

Las Violetas

La voz de Josefa, "¡Tienes que ayudarme!", rezuma urgencia en el teléfono. Aparto el auricular y lo miro con desconfianza. No, no chorrea. Mis manos sí lo hacen.

–Pero... estoy lavando ropa, y... –"No te preocupes. Llevaré mi tejido. Y dos tutos de pollo asado del congelador".

Resignada, tapo la cama y ordeno rápidamente la pequeña pieza que arriendo en Los Leones con Hernán Cortés. Tras echar una mirada crítica al baño, despejo en un dos por tres la cocina.

Josefa tiene pretensiones literarias. Al igual que yo. Está tomando un taller de literatura en el Centro Comunal 2. Debe escribir un cuento para el próximo jueves. Necesita que le ayude, la asesore, la respalde; más grave aún, que la 'autorice'.

En resumen, quiere escribir la historia de Violeta, 'nuestra' Violeta.

Antes de sacar el segundo remojo de la lavadora, procedo a reemplazar el CD original de Beethoven, adquirido de oferta en \$ 3.000 en el Montserrat de Irarrázaval, por la copia pirateada *at home* en una humilde casete, de la Canción de Alfredo de *La Traviatta* de Verdi:

*Ah quel-l'amor, quel-l'amor
ch'e pal-pito del-l'u-ní-ver--so,...*

Me olvido momentáneamente de las lavazas en favor del limonero en el patio.

Hechizada, desde el vano de la puerta –que tiene una ventanita en la parte superior para dejar pasar algo de luz al interior del cuarto, oscuro como una caverna– contemplo los verdes y azafranes con los que un glorioso sol primaveral juguetea en el patio, no más grande que un pañuelo este último. Entre zumbidos y rezongos del reproductor de música, la voz de Alfredo reclama, no obstante, lo suyo: mi sangre, mi corazón, mi aliento, mi alma, mi espíritu (*recuerda..., siente .., ¡re-vive!...*).

*dell'u-niverso in-te--ro,
mi-ste-ri-o-so, mi-steri-o-so, alte--ro,...*

Piiippiiip. El reclamo de la lavadora me devuelve a tierra.

Me pregunto, con preocupación, si Josefa será capaz de superar ¡qué digo!... emular... ¡qué va!... aproximarse ni remotamente al sentimiento de Giuseppe Verdi, que trasciende lo humano hasta llegar a lo cósmico. No en vano ha sido considerada *La Traviatta* una de las creaciones humanas más elevadas del espíritu.

Josefa llega cuando estoy con las manos en las lavazas, estrujando afanosamente calzones y camisetas todos blancos, para dar paso al remojo de sábanas y fundas de color.

–¡Por Dios! –exclama, escandalizada–. ¡Pero si estás en plena Edad Media! Sólo te falta bajar al río...

–Difícil –me defiendo–. Queda un poco lejos. Y está de un sospechoso color café...

–Pero entonces, ¿para qué tienes lavadora...?

–Tiene malos el desagüe automático y el centrifugado. Mejor así. Ahorro detergente. Y agua. Lavo toda la ropa de dos o tres semanas con una sola carga de detergente.

–Pero..., y tus manos –observa mirando con genuina preocupación mis dedos con insipiente artrítica.

–Bueno, comenzaré a remojar con agua caliente. A fin de cuentas, ahorro bastante gas cocinando sólo una o dos veces en la semana. A veces, ninguna; con esto de los pollos asados más una ensalada tienes para la semana completa...

–Yo, en tu lugar, comienzo a cuidarme. A nuestra edad... ¿Por qué no la mandas a arreglar?

–¿Una Samsung? ¿Tienes alguna idea cuánto me costaría el Servicio Técnico? Y si llamo a un maestro chasquilla, ¿puedes imaginar siquiera cuánto vale una simple manguera de goma, un pernito de acero, una rosca de plástico? Para qué hablar del *timer*... y de los 'honorarios' del maestro. ¡Estás loca de remate! ¿Con una pensión mínima, más una modesta renta de arrendamiento y tapada de deudas? ¿En qué mundo estás viviendo? Por lo demás, ¡no viniste aquí a cuidar de mi salud, sino a pedir ayuda! ¡¡Y coloca tus tutos de pollo en el refrigerador, no vayan a salir caminando de aquí a que almorcemos!!...

Josefa ha ido retrocediendo ante mi rudeza *in crescendo*. Finalmente agita su cabellera Príncipe Valiente de un rubio nórdico esplendorosamente encanecido, y termina por abrir obedientemente la puerta de la heladera.

¿Cómo está la Violeta? –pregunto, en parte para aflojar la tensión, en parte para ir derecho al grano, en tanto extraigo un juego de sábanas del tambor y echo a andar el *Wash* con una nueva carga de ropa.

–Ahí está..., reponiéndose.

—Y, ¿el 'filósofo'...? Ayúdame a pelar estas zanahorias.

—Nunca más se dejó ver... ¿Las pelo o las raspo?

—Raspadas... Y, ¿se puede saber por qué quieres escribir, precisamente, 'su' historia?

—Porque..., tengo que escribir un cuento, y me parece una buena historia.

—¿Le preguntaste a ella?

—Pues..., de eso se trata. Seguro que dice que no.

—Entonces...

—¡Es que es una muy buena historia! Y real. Nada que ver con las Margaritas, las Violetas, las Desdémonas, las Julietas... ¡Y tú tienes que conocerla mejor que nadie...!

—Un cuento no tiene por qué ser real, dicen. Inventa una historia.

—Pero entonces no es 'historia'. Sería un puro cuento...

—Bueno, hay quienes dicen que de eso se trata. Que el autor no es escritor, no es artista, si no tiene fantasía, imaginación. Que no basta 'copiar' hechos de la vida real, que hay que ser un 'creador', un Dante, un Shakespeare, un Cervantes. Que ¡qué un carajo le importan a la gente las 'taras físicas' del autor, para no hablar de su 'pobreza espiritual'!..., agregan; o aquéllas de sus parientes o amigos o conocidos, que a fin de cuentas lo mismo da.

—Es que para mí, la historia de Violeta supera a la de *La Traviatta*, la 'extraviada'.

—Bastante extraviada a *posteriori* quedó la pobre. ¡Me refiero a la Violeta, 'nuestra' Violeta!

—Sí, con la diferencia que no se lanzó 'a la vida', lugar del cual venía la otra, la literaria, la artística...

–Sí; bueno..., es que tiene que haber un 'héroe' que la salve, que la redima... 'Redimir'... ¿Te has fijado? Uno de los vocablos más usados por los literatos actuales. Y no hablo sólo de autores, también de quienes comentan los libros: 'redimir', 'compasión', 'tratar al personaje con amor'... En fin, *no hero, no story*.

–¿Qué?

–Sin héroe no hay historia, no hay cuento... ¿Terminaste con las zanahorias? Las voy a rallar crudas, para enriquecer la lechuga, ¿te parece? ¿Cilantro o perejil?... Ambos. ¡Perfecto! ¿Limón o vinagre?... Sendos. Mejor aún. Además, tiene que haber 'pecado original' involucrado de algún modo, si no toda la Historia occidental de la raza humana, la Filosofía, la Religión, la Psicología, todo, absolutamente todo se viene al suelo.

–Y, desde luego, la primerísima culpable tiene que ser la mujer, si no, no habrían existido las guerras heroicas, empezando por el mismísimo primer pleito: Caín y Abel. Sin pecado, no hay Caín, no hay Abel... ¿Te lavo la lechuga?

–Bien, pero no la desplumes. Me gustan las hojas verdes más que las amarillas, tienen más vitaminas.

Coloco nuevamente la casete con la Canción de Alfredo y nos sentamos a la mesa sin más palabras. La voz de Alfredo evoca en la mente y el corazón escenas inefables.

En la mansión parisina de los placeres mundanos, Violetta se ha quedado sola. Los invitados han abandonado su casa, la música se ha detenido. Idos son su acompañante de turno y el recién aparecido poeta Alfredo Germont. La fiesta ha terminado. En el silencio del patio, sentada sobre la orilla marmórea y helada de la fuente de agua, Violetta mira a la noche y las estrellas. Por primera vez es consciente de la

soledad, del vacío, del silencio que sucede a la compañía de los amigos, al jolgorio del baile y el galanteo, a la algarabía del cristal y la música, al devaneo intrascendente de las emociones. El poeta Germont le ha declarado su amor antes de partir; y ella no quiere saber de amor, sólo de placer. Violetta no sabe, por lo tanto, por qué está ahí, qué espera...

A, quel-l'amor, quel-l'amor...

La voz de Alfredo 'en off' desciende sobre la oscuridad del patio con la suavidad de un pliegue sobre el terciopelo; se desliza y recorre de arriba abajo el telón de la noche; acaricia sensualmente el aire perfumado de jazmines... Violetta se estremece bajo el mantón.

ch'e pal-pito
del-l' u-ni-ver--so,...

Un desasosiego que no es temor, hace presa de su alma. Un temblor que no es frío, recorre su cuerpo. Inconscientemente estrecha el mantón sobre su garganta..., aunque sabe que de nada servirá.

Y..., sin embargo, hasta ahora su vida tiene un orden; orden establecido por ella misma, es verdad, en su atmósfera cortesana y refinada; orden licencioso, pero orden al fin y al cabo. ¿De dónde, entonces, esta turbación...? ¿Por qué el estremecimiento? Violetta se levanta y recorre nerviosamente el patio. Sus pies parecen tantear el piso embaldosado. Sí, su vida tenía un orden... Alfredo ha venido a remover el suelo que sus pies han pisado con tanta firmeza...

Amigos, amigas, admiradores, amante, el baile, el juego, el brindis, la frivolidad, todo desaparece, se esfuma como envuelto en una bruma espesa; sólo prevalece la voz de Alfredo...

Viril, grave, con la serenidad de las certezas fundamentales, la voz de Alfredo viene a llenar el vacío y el silencio del patio; el vacío y el silencio en el corazón de Violetta, subyacentes bajo el jolgorio exterior...

Una extraña calma, suave, sutil, serenamente, se desliza por un resquicio del alma de Violetta. Repentinamente, todo adquiere significado: el silencio de la noche, las estrellas que brillan y parpadean allá arriba, el perfume del jazmín, el aleteo de su propio corazón...

mi-ste-ri-o-so,

mi-steri-o-so, al-te-ro,...

Suave, tierno, acariciante, un nuevo orden, cristalino, terminante, definitivo, viene a asentarse sobre el antiguo, desplazando sus temores, su inquietud, como un soplo henchido de la magia de las cosas eternas...

cro-ce,

croce e de-li-zia,...

La voz de Alfredo que se ha apoderado sutilmente de su alma, penetra ahora, con ímpetu ardiente y precisión —resuelta, pues él sabe—, no obstante con dulzura infinita, en las fibras de su piel, invade sus miembros que se dejan arrasar, ahilados... El corazón aletea, las sienes palpitan, un torrente ardiente se desliza por las venas poniendo color en las mejillas... Violetta recurre al frescor de la fuente y se deja caer, entre exangüe y voluptuosa, sobre el borde de piedra...

Los ojos cerrados, el aliento suspendido, el pensamiento obnubilado, el cuerpo de Violetta vacila..., se rinde finalmente, e inclina la cabeza sobre el pecho. Devastadora, la voz de Alfredo ha barrido el orden antiguo en el alma de Violeta y ha implantado en su lugar un nuevo orden; nuevo y antiguo a la vez. Tan antiguo como el Amor...

Encontrárase Alfredo frente a ella, le cayera de rodillas a los pies, abrazada a sus piernas. Y quedárase ahí, por toda la eternidad...

Arriba, las estrellas guiñan... Desde la glorieta al costado de la fuente, el jazmín inunda el patio con una última vaharada de perfume...

—¡Endemoniado Verdi...¿cómo supo?! —prorrumpe Josefa, sin aliento—. ¡¿Cómo logró introducirse de tal modo en el alma de la mujer?!

Respiro afanosamente, en busca de mi propio aliento..., al tiempo que empiezo a escarbar en mi plato, intocado al igual que el de Josefa.

—Bueno..., acaso a través de su propia segunda mujer, Giuseppina Strepponi, quien fuera con anterioridad su amante. Una diva del *bell canto* que debe haber sido tanto o más apasionada que la Callas —replico algo distraídamente—. Las situaciones, por lo demás son análogas: Alfredo/Violetta *versus* Verdi/Strepponi en la vida real del compositor. Según parece la vida de Giuseppina habría sido un tanto licenciosa antes de encontrarse con Verdi, lo que habría producido cierto rechazo hacia ella en el círculo provinciano del músico. Se especula que éste habría compuesto la pieza como una suerte de respuesta...

—Sí..., todo eso es posible —interrumpe Josefa, algo impaciente—. Pero, cuéntame de 'nuestra' Violeta. Tú la frecuentaste durante la primera etapa del romance fallido...

Hincando tenedor y cuchillo en la presa intacta, Josefa se dispone a escuchar.

Tuve la ventura (más bien, desventura) de haber conocido a 'mis' dos Violetas.

La Violeta de la tez silícea, lustrosa, lisa y translúcida como el ópalo; los ojos diáfanos, abiertos con cierta desmesura a la ilusión: un chisporroteo de estrellas guerreando más abajo con una sarta de perlas resplandecientes entre dos camelias rojas, carnosas y fragantes. Y esa tensión desconocida (o demasiado conocida) en la región de los pómulos...

Y la otra Violeta; la del rostro desencajado; ojos ensombrecidos; la piel ajada, opaca; y un rictus amargo escurriendo por la comisura de los labios descoloridos.

¡Cuán breve el tiempo que traté a la primera! Exactamente lo que duró la ilusión. En cuanto a la segunda, ¡sabe Dios cuánto tiempo nos tomará volver a ser dos desconocidas! Por el momento, sus ojos apagados ven sólo 'a través' de mí, tanto así que vacilo entre darle los buenos días..., o deslizarme por su lado como una sombra a fin de no incomodarla. Al principio, no podía hacer sino permanecer estática e irresoluta, a la espera...: si me saluda, voy hacia ella y cambiamos algunas palabras evasivas. Jamás pregunto. Ya no tiene confianzas que hacer ni ensoñaciones que compartir conmigo, y mi presencia le es penosa. Poco a poco, aprendo a hacerme la desentendida y volver la cabeza hacia otro lado tal que si no la hubiese visto. Evítrole así el dolor de ser ella quien tome la decisión de esquivarme, por un lado, y por el otro, alguna nueva muesca en su ya aturdida conciencia, inferida por el arrepentimiento de haberse confiado a mí, una extraña.

En los dos años que concurría al Centro Comunal 2, nunca reparé en su existencia. Al parecer, tampoco ella en la mía. ¿Qué interés nos acercó? Yo sólo quise ver gratuitamente *Los Sueños* de Kurasawa y ella, posiblemente matar el tiempo o iniciar un nuevo ciclo personal en un taller de crecimiento que se inauguraba justamente con la exhibición de la cinta.

Luego de hacer llegar por escrito al día siguiente las conclusiones de la reunión, me habré esfumado con presteza.

Cogería las de Villadiego, no sin antes haber trabado conocimiento con Violeta. Luego de habernos presentado recíprocamente en público (como se estila en algunas reuniones de crecimiento personal y en terapias de grupo), Violeta y yo nos acercamos espontáneamente al finalizar esta primera y para mí única sesión. Después de todo —mi tarde interrumpida y definitivamente desviada de su cauce usual—, tengo todo el tiempo del mundo; de modo que continuamos nuestra charla sobre el aroma sintético de sendas tazas de café. Violeta menciona, una brizna de reticencia en el tono de la voz y otra en el fondo de la mirada, que su ex-marido, del cual se encuentra separada, "también escribe" al igual que yo; más bien, escribía hasta que la bohemia y el revoloteo de ciertas faldas pseudo literatas en alguna sociedad de escritores hiciéranlo su presa, alejándolo de la escritura e, incidentalmente, del hogar. De inmediato, aclaro que, al menos en mi caso muy personal, la bohemia no tributa en el caudal de mis aguas; muy por el contrario, el ritmo biológico que gobierna mi naturaleza se acerca más bien al de las aves.

Violeta es uno de esos seres naturales y, al mismo tiempo, cautelosos. No bien calibrado el terreno que pisa, entra de lleno en cosas de mujeres. Aunque..., no vuelve a tocar el tema del ex-marido.

Alfredo hizo su aparición un día cualquiera por la biblioteca del Centro. La mira... Es culto y distinguido, y... "¡francamente no sé qué ve en mí! ¡Si hasta es profesor de filosofía!..., aunque retirado". Tiene apellido alemán y los ojos verde-grisáceos.

En el centro de las córneas albísimas de Violeta, las pupilas se dilatan esfumando el linde con el guinda seca renegrado del iris; el disco así

agrandado reverbera y deviene en cielo estrellado, magnífico. No puede creer que ella, tan sencilla, tan sin mayor educación, merezca atraer a un hombre tan culto y distinguido. A veces siente un poco de vergüenza de sí misma (aventuro, con cierta cautela, que "el amor no conoce de diferencias sociales ni culturales..."). Violeta cobra confianza y desborda acto seguido en incidentes adicionales.

La ha esperado a la subida del bus que llevara al grupo al puerto de Valparaíso, la ha dejado pasar galantemente, y luego ha subido y tomado asiento junto a ella, después de preguntar cortésmente si el asiento, por ventura, no estaría desocupado...

El pecho de Violeta se agita, un poco constreñido bajo el corpiño de una de esas soleras muy escotadas, cuyos tirantes angostos, aunque calzando en forma impecable sobre los hombros y el pecho parecen nunca coincidir por completo con las líneas de la ropa interior, dejando asomar por la espalda los breteles del sostén. Toda su femineidad parece querer estallar bajo la delgada tela veraniega. Estimo mentalmente su edad en alrededor de los cincuenta y cinco, poco más, poco menos; su cuerpo, de redondeces turgentes y mórbidas –gusto de hombres–, muy bien conservado y con el toquecillo justo de sensualidad aún perceptible, no los delata en absoluto. Con su piel muy blanca, tersa, cabello y ojos lustrosos como el caóbano, y apellido francés es indudablemente una belleza chilena mestiza, con un indefinible toque europeo. No parecida a ninguna otra ni arquetípica de una belleza chilena, como podría encontrarse en la apariencia uniformemente europea y un tanto estridente de la argentina (por cierto, la argentina actual 'de exportación'); en la delicadeza y fragilidad de una peruana de clase alta; la mezcla de voluptuosidad e inocencia en el rostro de luna llena de una colombiana; o, una cierta pesantez desparramada sobre el

continente generoso de la venezolana. Alejada, asimismo, considerablemente de la suavidad de greda pulida de la mapuche chilena y más alejada aún, del prototipo rubio y de ojos claros, un tanto insípido, caderas inexistentes y pronunciado trasero, que prolifera en la juventud del sector social alto y medio-alto en nuestro país, clonándose aceleradamente hacia el sector medio y medio-bajo aun cuando más no fuere en la oxigenación del cabello...

Violeta, como tantas chilenas comunes, de clase media, es inclasificable.

Alfredo ha manifestado ser viudo. Y vivir con un hijo, al igual que ella; casualmente en la misma calle, de modo que la acompaña hasta su puerta toda vez que salen del Centro. Al comentarle Violeta que ese fin de semana se irá a la casa de su amiga en Quintero, Alfredo le confía que tiene intenciones de comprar casa en aquel balneario y..., si no lo acompañaría un día de éstos a echar un vistazo. En bus, desde luego, pues no quiere manejar..., más bien desea tomárselo con calma, relajarse.

Violeta no cabe en sí de satisfacción. ¡Que la considere a ella como para pedirle consejo!... Con cierta impaciencia y algo rudamente, proclamo que a muchos caballeros intelectuales bien les viene de cuando en cuando un poco de sensibilidad femenina, y que algunos, afortunadamente, saben apreciarla. En fin, que Violeta se va empapando los huesos de amor hasta la médula.

Y he conocido, finalmente, a 'nuestro' Alfredo. Lo he visto enfrente de mí y lo he reconocido, sin haberlo visto antes en el Centro. Viste traje impecable de tres piezas, camisa de cuello y puños intachables, corbata en perfecta combinación. Todo sobre una piel cuidadosamente bronceada que hace resaltar aún más los ojos muy verdes, un verde grisáceo,

con un brillo acerado, frío y metálico (¿dónde hube visto estos ojos anteriormente...?); cabello entrecano peinado con esmero, manos y uñas extremadamente cuidadas. Tras las páginas de mi semanario de turno, observo luego el retorno de Violeta quien me ha abandonado por unos minutos para ir tras alguien. Es el momento preciso en que ha aparecido Alfredo quien ha tomado el periódico desde el lugar de Violeta. Al volver ésta, quedo en el mejor puesto de observación: Violeta a mi lado en la cabecera de la mesa, Alfredo justo enfrente de mí (persiste la sensación de que este rostro no me es desconocido del todo...). Sumerjo la cabeza de nuevo en mis referencias históricas, aunque mis oídos y terminaciones nerviosas se rehúsan terminantemente a obedecerme.

Puedo sentir el cuerpo tenso de Violeta, puedo palpar cada fibra de su carne erizada...

Alfredo, en cambio, es todo flema y dominio de sí mismo, dueño de gestos y palabras gentiles, extremadamente controlados. Indudablemente es él quien maneja el desarrollo de las situaciones; y, las emociones de mi amiga. La tensión se me hace, por momentos, intolerable. En un momento dado, Alfredo se levanta para ir hacia la secretaría y Violeta aprovecha para comentar, incorporando a la amiga que se ha acercado y está de pie en el vértice de la mesa, entre ella y yo:

–¡Me tiene la cabeza, los pensamientos revueltos!...

–¡No sólo los pensamientos te anda trayendo revueltos...! –me sorprende respondiendo con picardía y oportunismo algo inusitados para mi habitual falta de humor y lerdeza de reacciones.

Nuestras risitas mal disimuladas son sofocadas por el retorno de Alfredo a la mesa. Rápidamente me despido, pues temo que la sobretensión eléctrica del aire haga saltar los fusibles de mi sensibilidad. Por otro lado, no

deseo involucrarme en forma directa. Violeta me sigue para despedirse y agregar algún otro comentario que le desborda la necesidad de comunicación y la urgencia de afianzamiento, momento que es aprovechado por alguna Encargada del Centro para informarle muy confidencialmente, llevándola a un lado, que se ha permitido invitar a Alfredo a las clases de tango y que éste ha quedado en responderle. Mientras me despido con una seña, no puedo evitar preguntarme ¿quién es él, en realidad? ¿Alguien ha verificado sus antecedentes? Después de todo, el Centro es como un campo de flores, reflexiono con ánimo más bien pedestre, cuestión de llegar y cortar...; con tanta señora sola, algunas muy bellamente engalanadas. Verdad es, también, que se han producido uno o dos matrimonios, ¡enhorabuena! Mirando hacia atrás, verifico que Violeta continúa en animado complotaje con la Encargada. Es evidente que no poseo la primicia ni la exclusividad sobre el romance.

–Pero, ¿qué sucedió finalmente? –me espeta Josefa, impaciente–. Un romance que iba viento en popa, ambos libres, vecinos, y todo lo demás.

–Escucha Josefa, no creo que debas escribir esta historia... No hay antecedentes. Nuestra Violeta no tuvo un Giorgio Germont, preocupado del honor de su familia, que viniera a frustrar su sueño de amor... Ni siquiera tuvo la opción digna de la renuncia. Para ésta, mi Violeta, el amor no triunfará sobre la muerte. Tampoco será favorecida con una muerte trágica, heroica... Su historia no merecerá un drama isabelino, o una intriga parisina; menos aún, una ópera busetana. Fue mucho más prosaico que aquello... Simplemente se acabó. ¡Lo dicho, Josefa! No hay un Iago. ¡No hay Mercutio ni Teobaldo, Josefa! ¡¡No hay un Giorgio Germont!! Se acabó y Violeta debe continuar viviendo. ¡Violeta vive, Josefa!

–Bueno, bueno..., ¡pero sigue!

–¡No hay nada que contar, Josefa! Simplemente se acabó. Desconozco los detalles... ¡Qué sé yo!, repliegue ante el tedio o la rutina, falta de compromiso, veleidad masculina, ínfulas de Casanova, narcisismo exacerbado, acaso diferencias insalvables, alguna propuesta inaceptable ... ¡No me interesa, Josefa! La verdad, no me interesa... (Me silencio en forma supraconsciente, la única confesión, algo confusa, de Violeta sobre la adicción de Alfredo a 'discursearla', lo cual me ha hecho inferir esta verdad: Alfredo sólo es capaz de amarse a sí mismo; amarse a través de los ojos enamorados de Violeta, escucharse a sí mismo en monólogo infinito, adorarse a través del brillo de los ojos de Violeta; y cuando ya se aburriera de verse en los mismos ojos o de escucharse a través de los mismos oídos, o llegase a columbrar, vislumbrar la sombra de una duda..., acaso fuera preciso buscarse otros órganos que volviesen a reproducir en forma prístina, renovada la admiración y el amor que puede sentir sólo por sí mismo).

Habrán transcurrido cerca de dos años –cambios de residencia, viajes, una larga estadía en provincia de por medio– para transitar hacia el final de la historia y arribar a la confluencia entre Violeta, Josefa y la que habla en el grupo de principiantes en guitarra. Violeta y yo tenemos cierta habilidad con el instrumento, buen oído, sentido del ritmo y voces aceptablemente afinadas. Josefa lucha denodadamente con sus dedos, muñecas y brazos de rigidez nórdica, y una voz ronca, interesante, pero que jamás acierta a una sola nota; el ritmo parece serle una entelequia absolutamente desconocida. Tras dos semestres de estoica perseverancia, habrá depuesto el instrumento para gran alivio de nuestro instructor y de nuestros nervios y oídos. Violeta y yo, entre ensayo y ensayo habremos ido reconquistando la confianza mutua; íntimamente, me alegra el no habernos des-conocido; el haber compartido parte de su felicidad ha inoculado en mis

venas una suerte de simpatía fraterna; mucho me hubiese dolido que Violeta hubiese cortado este lazo que nos une, aunque más no se haga evidente sino en los escasos momentos que compartimos en el Centro; esos momentos copan hasta el borde toda mi capacidad gregaria, a tal punto aprecio mi libertad, mi independencia...

A fin de liberarme de la perseverancia esclava de mi amiga, resuelvo enfrentar finalmente a Josefa:

—¡Por qué, Josefa! ¿Por qué deseas, con tanta insistencia, escribir esta historia?

Impelida hacia atrás por mi vehemencia, Josefa baja los ojos. Parece ensimismarse por unos minutos. Luego levanta la mirada y me enfrenta a su vez:

—¡No! No es el final de la historia. ¡No el que tú conoces!

—¿...?

—Hay otro final, amiga mía —continúa Josefa—. Toda 'buena' historia debe tener un 'buen' final, inesperado... Y ésta lo tiene, ¡te lo puedo asegurar yo!

—¡...!

Ante mi mirada aturdida, Josefa toma la palabra.

—Fue en Concepción, allí donde tú misma estudiaste. Debo haber tenido unos veinte años. Como estudiantes de Teatro en Santiago, el grupo aficionado de mi Escuela viajaba a provincia a representar una obra. La prensa local envió a un periodista, o estudiante de periodismo..., o aficionado... —no lo recuerdo con precisión— a redactar una nota. Joven, alto, delgado, de piel bronceada y ojos verdes, acerados como dagas, no sólo asistió al estreno y a cada una de las funciones —en primera fila—, sino a cada agasajo con que se nos acogió en la Universidad. Ya desde el primer día

demandó una cita. En aquellos tiempos, había sido confiada por mis padres al Director del Grupo –actor y docente mayor– como 'tío' de confianza, de modo que no era cuestión de llegar y obtener un sí de buenas a primeras; debió antes comprometer su honor y su palabra de que entregaría a la niña enterita, luego de la función de cine a la que había convidado. Y así fue. Y fue así durante toda nuestra estadía, habiendo yo establecido desde el comienzo la existencia de un noviazgo formal y la inminencia del matrimonio a mi regreso a Santiago. Debes tener en cuenta que a los veinte años yo era una niñita rubia bastante atractiva (¡bastante más que atractiva!, reflexiono contemplando sus cincuenta y tantos años enfundados en una figura estilizada en extremo, rematada ésta por un rostro gracioso iluminado por unos ojos de color azul verdoso intenso, de brillo intacto, y una melena rubio ceniza de textura impecable), tanto así que me siguió a Santiago y trató por todos los medios de hacerme desistir del casamiento. Debo decirte que anduvo trayéndome los sentimientos y las emociones revolucionados aun hasta bajo el vestido de novia...; pero no aflojé. Y aquí me ves, camino a los cuarenta años de matrimonio feliz, feliz al lado de mi marido contador, solos hoy en casa esperando la visita frecuente de los nietos que nos hacen aún más felices... ¡Puedes imaginar quién era aquel joven!... Lo reconocí de inmediato, de sólo verlo entrar en la biblioteca del Centro...

–O sea que..., de filósofo, o profesor de Filosofía, no tiene...

–Es imposible asegurarlo. Es posible que haya estudiado Filosofía por aquellos días..., ¿qué crees tú?

Me levanto en silencio (no es en la Facultad de Filosofía y Educación, ¿o sí?, en donde encajan esos ojos en mi memoria, en todo caso muy defectuosa, como la de todo escritor que se precie de tal y que desconfíe de los detalles...). Me levanto y coloco una vez más la Canción de

Alfredo en la casetera. Luego, camino lentamente hasta la lavadora y comienzo el largo proceso del enjuague: mucha agua, mucha agua para soltar los restos de impureza. Dos, tres, cuatro enjuagues por carga. Tengo para el resto de la tarde hasta gran parte de la noche.

Castración

La amante feliz despierta a contemplar sus miembros en estado de relajación total.

El sueño profundo, suave emanación del acto de amor –uno más de una serie que le parece no ha de concluir jamás–, los ha perpetuado así, ahilados, a lo largo de la noche.

Lánguida, gira la cabeza sobre la almohada. Dulce reposo, abandono. Es el estado del cuerpo amado, igualmente desnudo.

Una suave oleada –tan suave que no alcanza a alterar el ritmo de su respiración– le recorre el pecho inundándole el corazón con un calorcillo mezcla de agradecimiento y adoración.

Con infinita precaución, acaba por volverse sobre el costado y levanta la mano en dirección al cuerpo dormido.

Lo recorre lentamente, cierra los ojos, siente cómo la piel de su palma se disuelve en esa otra piel, las venas disipan sus paredes y comienza a diluirse la propia sangre en ese otro torrente.

No sabe cuánto dura el viaje: ¿segundos?, ¿minutos?, ¿horas? El tiempo se ha detenido. La mano, también. Concentrados pensamiento y voluntad en la palma, el caudal de venas y arterias termina por vaciarse en el cauce del amado. Sumergidos en el torrente, el propio cuerpo, la misma mente terminan por desaparecer y ya no son sino una y la misma sangre que recorre estas paredes blancas, vítreas...

El amante feliz sale del baño en dirección a la cocina y se sienta a la mesa del desayuno. Corta con delicadeza y precisión el trozo perfecto de

mantequilla y lo esparce prolijamente sobre la cara tostada del pan. Antes de llevarse la rebanada a la boca, apoya el cuchillo sobre el borde del plato con extremo cuidado y habla, pausado.

–Tesoro, no vuelvas a hacer eso... Me siento utilizado.

Limpio, esterilizado como el sesgo de un escalpelo, el corte es rápido y eficaz. No hay dolor, por el momento. Sólo estupor.

"¿Flores, señorita?

¿Quiere flores, el señor?"

La brisa crepuscular se desliza suave y fresca por la calle Marchant Pereira, desplazando el aire recalentado, meciendo las ramas de arce-sicómoros, acacias, árboles de Judea y los numerosos ombúes y almeces que sombrean lo que resta del día en la calle de amplias aceras. En los jardines de casas y edificios, el jazmín y la madreselva comienzan a exhalar su mejor perfume. La estrella vespertina refulge en la hondura de un cielo azul profundo que parece crecer en intensidad y vastedad más allá del astro solitario.

Tras verificar la ausencia de algún inoportuno automóvil que viniera a poner en peligro la vida de la perrita regalona, liberada de trailla en esta hora y lugar, echo hombros hacia atrás ensanchando el pecho, cierro los ojos e inhalo profundamente hasta llenar los pulmones con el aire perfumado.

Calles y barrios hay en el Santiago del 2000, en que alguna que otra edificación baja, a la vereda, o tapia o ancho portón de planchones de hierro custodiando un terreno baldío, expelen aún en aquella hora su aliento abrasador, desprovisto de fragancia como no sea adobe, hierro o pintura, recalentados, cogiendo al caminante desprevenido antes que un ramalazo fresco, súbito y piadoso, lo desenvuelva del abrazo caldeado. No se corre el riesgo en Marchant Pereira entre Eliodoro Yáñez y Carios Antúnez, con sus amplias aceras sombreadas y edificaciones antecedidas por extensos jardines.

Aun así, imposible asomar la nariz antes de las 9 de la noche veraniega, menos aún en pos zigzagueante de un can hembra que

acostumbra detenerse cada dos metros, volver atrás, girar a derecha e izquierda olfateando incansablemente y evacuando en cómodas cuotas toda la orina retenida durante las últimas horas en el interior del departamento. El aire fresco y el paseo diario de la mascota constituyen, por lo mismo, un buen pretexto para allegarse de tanto en tanto con paso y ánimo relajados a la Biblioteca Municipal, en la avenida Providencia enfrente de las torres de Carlos Antúnez, en esta hora crepuscular.

Llegamos finalmente al semáforo de Providencia, dejando atrás la ahora doble hilera de álamos informes en Carlos Antúnez, mutilados sin orden ni concierto a fin de que no estorben a los racimos de cablerío que vienen engrosando progresivamente su curso aéreo, también sin son ni ton, ante los edificios 'colectivos', como se les llamara hará cosa de un medio siglo, de 'gente de esfuerzo', como se los conoce hoy. Prendo la trailla al collar de Piera y ya no la desprenderé hasta encontrarnos de vuelta en el mismo punto, tras haber caminado unos doscientos metros de ida y regreso, y cruzado dos veces la avenida; rutina a la que la regalona se somete, no sin dejar de ejercer sus derechos en algunos diez o doce puntos estratégicos, sean éstos el pie de un arbustillo o escaño, la esquina de algún edificio algo raído o la base de la empalizada en la última construcción en curso.

Tras uno de esos tirones en la acera norte y luego de un ligero trastabillón, endezco el rostro para estrellarlo de frente contra un enorme globo azul eléctrico, abrigado por innumerables estrellas plateadas, soles dorados y cometas con colas resplandecientes. Volteo y sonrío en forma espontánea y amplia a la niña –de unos ocho años–, aferrada al extremo del globo, dando a entender a la mujer –tal vez su madre, quien la lleva cogida de la otra mano– que no tiene de qué preocuparse: ¡cosas de niños!

Dos pasos más adelante, la perrita tironea nuevamente y se revuelve alrededor de la base de la pizarra en ángulo del Phone Box Pub a la entrada de la galería El Patio. Me inclino a desenredarla y aprovecho la oportunidad para voltear y observar a la mujer, cuya expresión algo inquietante se me ha quedado reverberando en la retina y el cerebro. Trátase de uno de esos rostros de mujer afeados no tanto por la edad, el trabajo físico o las necesidades, como por la vida viciosa (vicios del alma más que del cuerpo, que son los que desfiguran el rostro), vivida de alguna manera a concho o al desgaire. La mujer, habiendo volteado a su vez, retruca el examen con una expresión entre dubitativa e indecisa sobre la faz envilecida. Desde mi posición en cuclillas sobre el condenado broche, presiento cómo la pareja mujer y niña pasan con extrema lentitud a mis espaldas, desandando el camino y en silencio: el espinazo de la mujer algo envarado, su mirada buscando la mía, indagando, sondeando, según puedo constatar tras un leve giro. Desentendiéndome, termino por liberar la trailla y reanudo la marcha, sobrepasándolas sin mayor interés.

Al llegar a la Biblioteca y atar la perrita al pie de la vitrina horaria, habré olvidado a la pareja aun antes de sumergirme entre las fichas del archivo y los volúmenes en las estanterías.

Veinte minutos más tarde emprendo el regreso con dos nuevos libros bajo el brazo. Recostada contra el vértice de la reja a la entrada de la galería El Patio y mirando hacia el Pub, redescubro a la mujer que sostiene ahora flojamente un atadizo de flores rojas en la mano. Flores que no he notado en la primera pasada, así como tampoco la mochila escolar que descansa sobre el escaño junto al globo azul. De la niña, no hay señales. Por algún temor desconocido o pudor, no me permito voltear hacia las mesas al fondo del pasaje.

Mas, no puedo evitar cruzarme con un grupo de hombres que emerge de aquél: ojos vidriosos; rostros abotagados, mejillas enrojecidas, aún por debajo de la piel blanca y transparente de isleños británicos, según puedo constatar por el idioma en que hablan y ríen.

La avenida Pedro de Valdivia, paralela y contigua a Marchant Pereira, negrea y apesta a gases de combustión, aun cuando se acercan las diez de la noche. Más aún al aproximarse a la esquina con Eliodoro Yáñez, ante cuyo semáforo se detienen alternativamente los automóviles que bajan de oriente a poniente, o los autobuses, taxis y automóviles que circulan por Pedro de Valdivia en dirección norte o sur.

En sentido contrario y a unos cincuenta metros, dos hombres adultos jóvenes, en mangas de camisa, altos y bien proporcionados, disminuyen el ritmo de la conversación hasta enmudecer. Desde lejos han apreciado la figura alta, estilizada por la falda de bambula de rombos blancos y negros, larga hasta el tobillo, el peto blanco algo subido de escote y largo hasta cubrir la cadera, y el blusón flotante, también de color blanco, abierto y suelto sobre este último. A medida que se acorta la distancia, les es posible distinguir el rostro redondo, de rasgos comunes aunque no desagradables, nimbado por una cabellera extremadamente corta ¡dominada por la canicie! (desde lejos, han creído ver un rubio ceniza). A pesar de la edad avanzada, la mujer luce interesante. El perrito avanza a pasos cortitos, forzado por la trailla cuya tensión parece ir cortando el aire viciado de la noche. Un par de libros amenazan morir por estrujamiento, apretados contra el pecho encorvado de la desconocida. Ya enfrentados, el haz de la

luminaria revela ahora el entrecejo contraído, la mandíbula encajada, la comisura caída, el pómulo tirante, casi a punto de rajarse...

Al pasar a su lado, uno de ellos no puede evitar la exteriorización del pensamiento: ¡Wuuf! ¡Wuuf!

Marianita

Una historia entre siglos

Marianita es una niña lo que se dice piadosa. Va a misa todos los domingos y fiestas de guardar (según se decía en los '50-'60), reza por las noches antes de dormir y se encomienda al ángel de la guarda, dulce compañía. Hace las tareas con dedicación, y estudia las lecciones hincada sobre un piso ante el visillo entreabierto de la ventana mientras observa lo que sucede en la calle.

Pues el mundo es el mundo y vivimos en él, y no por estudiar y cumplir con deberes escolares y obligaciones piadosas hay que perderlo de vista. La mentira, el robo, el engaño, el fraude, la difamación, traición, delación, el uso o la explotación de un otro ser humano, no hay nada que un genuino acto de contrición y un buen rosario o una generosa contribución a la Iglesia o Fundación o Corporación no puedan zanjar.

En esto de observar (mirar) y observar (cumplir con las leyes humanas o divinas), Marianita se va haciendo experta. Y a medida que crece va descubriendo nuevos aspectos de la realidad. Marianita no se inmuta. Pasa por pubertad y adolescencia –y sus muchas complicaciones de todo orden– incólume, en todo sentido.

A su debido tiempo, Marianita ha descubierto la atracción sexual. Ha aprendido que toda niña debe dar el paseo diario por la calle principal de la ciudad y que todo joven acude allí a contemplar el desfile, pues, a su debido tiempo también, debe elegir la compañera correcta. Entre pruebas, ensayos y errores, más de alguno dará en el clavo en alguna ocasión.

Entre pruebas, ensayos y errores, Marianita ha aprendido su papel a la perfección. En el juego fascinante del sexo, Marianita da y quita, da y

quita, pues toda niña piadosa debe observar el límite. Pero de que es experta, ninguno de los sucesivos pretendientes se queda con la más leve sombra de una duda.

Un día preciso, Marianita encuentra la horma para su precioso zapato.

José es dueño de tierras y unos años mayor, digamos unos cinco, no más. Sin duda, anda a la caza en serio. Y Marianita cumple con todos los requisitos, no en vano es una de las jovencitas más populares de la ciudad, la más apetecida y la más cortejada. Una gran mata de pelo negro y ensortijado le rodea el rostro de luna llena, en el cual todos los rasgos armonizan entre sí: la frente abombada; los ojos negros, traviosos o mohínos dependiendo de la ocasión; la nariz pequeña y respingada; las mejillas redondas, con un hoyuelo graciosísimo en cada cual; la boca igualmente pequeña, de labios plenos, elásticos, melosos como los de un bebé. Cara de guagua, dicen. De guagua hermosa. Todo esto sobre un cuerpo menudo y delgado, con sus redondeces donde corresponde que las haya y no desparramadas por ahí a la buena de Dios.

Y, a propósito de Dios, Él ha sido generoso con Marianita. Aparte de las bendiciones enumeradas, le ha dado unos padres, sacrificados sí pero con buena situación económica, sin exageraciones desde luego, lo justo como para no pasar aprietos. Es cierto que a la madre, cristiana de corazón, la ha tenido complicada por años en cama –nunca se habrá sabido identificar con certeza su mal–, pero ha bendecido a la familia con una tía solterona que se desloma a diario por los sobrinos y el hogar.

Resumiendo, a Marianita le sonrío la vida a dientes llenos y sólo le falta casarse para cumplir con el ciclo que le corresponde a toda cristiana.

Por lo tanto volvamos a José y en donde estábamos.

José, como todo buen campesino tiene camioneta. Es aquí donde se decide el destino de Marianita.

Con sus manos expertas, Marianita desabrocha algunos botones de la camisa de José e introduce la mano, pequeña, cálida por la abertura y comienza a acariciar con sabiduría el pecho de José.

José reacciona indignado, le retira la mano con brusquedad y propina una feroz bofetada sobre el rostro de luna llena.

Algunos meses más tarde se efectúa la boda. Se casaron y fueron muy felices y comieron perdices. Entre perdiz y perdiz, tuvieron dos hijos. Aún viven juntos, en el campo en las otrora afueras del pueblo vecino, conectados ambos hoy –pueblo y campos– a la progresista ciudad actual por la unión del camino rural y una de las avenidas más anchas de esta última.

Es una historia feliz con un final feliz. ¿O no? Dicen que uno de los hijos se aficionó a la droga y el alcohol y ronda hoy, año 2000 –figura desarrapada y rostro inocente– por ahí, por los negocitos del antiguo barrio de Marianita, en espera de algo de comer y unas monedas para el vicio. Perdón, los vicios.

¿Qué diablos pudo haber fallado?

¡Tanto amor...!

Tras cerrar la puerta vidriera de la entrada, recorrió el pasillo a oscuras en dirección al haz de luz proveniente de la cocina, un poco extrañada de que él no hubiese salido a recibirla.

Al menos, Julito –el gato que el año anterior, de recién casados, hubieron rescatado del tráfigo de la calle Diez de Julio cuando todavía no se sostenía sobre sus cuatro patitas– había saltado cumplidamente desde el cerco y, luego de realizar su inspección habitual por el interior de la Citroneta acabada de estacionar en la cuneta, zigzagueaba y ronroneaba ahora entre sus pies a lo largo del pasillo amenazando con hacerla trastabillar.

Y bien. Ahí estaba, sentado entre su padre y su madre, los tres en silencio alrededor de la mesa de la cocina-comedor. Flanqueado por los semblantes herméticos de los suegros, el rostro demudado, un tanto lívido, del esposo soltó finalmente el epítome de la preocupación conyugal:

–¡Por Dios! ¿Dónde anduviste hasta esta hora? ¡Ya estábamos por ir a Carabineros...!

En medio del pecho sintió incrustársele una vez más aquel aguijón que iba ya haciéndose familiar y un tanto fastidioso.

Desechando la neblina que se le colaba por las rendijas del cerebro, respondió con aire que quiso sonara liviano, aéreo:

–¡Ah! Llevé tu chaquetón de cotelé y chiporro a la tintorería que me recomendó Genoveva, en Avda. El Bosque... Por supuesto que al regreso me perdí, ¡tú sabes...! Pierdo el poco sentido de orientación que tengo, amén de la vista, apenas se esconde el ss...

–¡Pero, la Citroneta ...! ¡Pensamos que te habías accidentado!

Una rápida inmersión en las pupilas azules, genuinamente alarmadas..., y decidió dejar para otro día el relato de su aventura por plena Alameda, con las mejillas encendidas de calor veraniego y ofuscación, encerrada entre microbuses altos como edificios que, tras aventajarla por ambos lados, cerrábanse de golpe ante la nariz de la pobre Citrola obligándola a frenar continuamente. En resumen, le había tomado más tiempo del presupuestado y de vuelta se le vino la noche encima.

Riendo, entró en una laboriosa explicación sobre la congestión del tráfico y cómo había tenido que batírseles luego, en la semioscuridad crepuscular, con el plano de Santiago sobre las rodillas como buena provinciana, y con los malditos letreros con nombres de calles que no distinguía y que la obligaban a bajarse cada tanto número de cuadras para tratar de orientarse y encontrar el camino de regreso a San Miguel.

En tanto los labios pronunciaban palabras, su mente discurría que tal vez había sido una idea algo extravagante: una tintorería en... ¡Avda. El Bosque! Bueno..., la idea crucial había sido matar el chuncho por la Alameda y Providencia a todo lo largo. Después de todo, no sería peor que haber pasado el examen práctico el día anterior, a sólo un par de semanas de haber adquirido la flamante Citroneta, ¡SU primer vehículo! (gracias a los fondos que había logrado acumular en el Sindicato de la CAP en ¡apenas tres años! entre 1965 y 1968). Con su flamante Carnet de Conducir no precisaría ahora de las lecciones de su esposo... Un leve escozor trajo reminiscencias a su corazón de otra feroz aguijadura el día en que aquél habíase sepultado de vergüenza bajo su asiento de copiloto tras una maniobra resultante de una instrucción mal hilvanada y consecuentemente mal entendida. Una de tantas... Bueno, todo eso había quedado atrás. Por el contrario, la exclamación admirativa del examinador ante su primera maniobra al salir del

espacio diminuto en el que había logrado estacionar el vehículo frente a la Dirección del Tránsito en San Miguel, le había restituido la confianza en sí misma y la fe en su habilidad motriz y sus capacidades automovilísticas emergentes. Lejos habían quedado, asimismo, las indicaciones de algún 'estacionador' en la Feria del Matadero que el sábado anterior la había dirigido hasta hacerla topar con el parachoques trasero, el delantero del vehículo inmediato..., para en seguida tomarse la cabeza a dos manos, poner los ojos en blanco y voltear la cabeza en todas direcciones llamando la atención de feriantes y compradores por igual.

Con un esfuerzo de voluntad en extremo consciente, se prohibió a sí misma recordar el rostro del esposo aquel sábado...

—¿Comieron? ¿No? Bueno, esperen a que guarde la cartera y vengo a preparar algo... La verdad, la verdad, sentía algún cansancio, pero se sobrepuso rápidamente. Había que cocinar, cenar y lavar la vajilla para luego irse a dormir. Había que volver a la oficina al día siguiente, viernes (¡gracias a Dios había dejado la tintorería atrás por hoy!); los suegros partirían de regreso al sur y habría que asear el departamento. Y remojar la ropa para lavar el sábado después de la Feria; a mano, pues aún no alcanzaba para adquirir una lavadora. Y planchar y cocinar para la semana, el domingo. Y el lunes de vuelta a la oficina, y al regreso remendar y guardar la ropa. Y..., y... ¡Gracias a Dios que el esposo la llevaba ahora en las mañanas y pasaba a buscar en las tardes en la Citrola, de ida y vuelta de la Universidad donde terminaba sus estudios de Ingeniería!

Con un suspiro, viró hacia la cocina y se encontró de golpe en brazos del esposo que la había seguido en silencio:

—*Schätzchen!* ¡De verdad me preocupé...!

Un vuelco súbito de remordimiento, un suspiro más leve aún, y hundió la cabeza en el hombro amado.

Blanco y negro

La mujer apartó la vista de la pantalla y salió apresuradamente de la sala de computación en busca del Encargado.

–¡Por favor, por favor!... ¿Podría cambiarme el diseño de escritorio?

El Encargado se quedó mirando la pantalla dividida en innumerables ventanitas rectangulares, cada una de las cuales mostraba una figura femenina en diferentes grados de desnudez y en poses sugerentes, sexualmente provocativas.

–¡Mire! Siempre ocupo este computador, el primero de la izquierda, al lado de la impresora. Es la primera vez que me encuentro con..., ¡con esto!

El Encargado no respondió. Presionaba ratón y teclas en filosófico silencio y sólo se volvió hacia la mujer cuando la acostumbrada rosa, en el esplendor de su floración, llenó la pantalla del computador.

–¿Está bien así?

–Síii... ¿Sabe? Necesito hablar con la Directora. ¡Esto no puede ser!

–Claro. Acérquese a la secretaria. Me parece que la Directora no se encuentra en el Centro.

Juntos subieron la estrecha escalera de servicio del Centro Comunal.

Habíase constituido en política de la autoridad municipal en ejercicio, el adquirir o arrendar mansiones 'aristocráticas' de dos o tres pisos, plagadas de columnas en el frontis, escalinatas de mármol y maderas finas en el interior, y grandes chimeneas que en días pretéritos habrían

calefaccionado los salones enormes que se comunicaban entre sí mediante puertas francesas. En el Centro Comunal 1, en particular, se contaba, adicionalmente, con un subterráneo en el cual se habrían distribuido antiguas piezas de servicio, bodegas de licores y alimentos y un baño, alrededor de un gran hall central. Ventanitas a ras del suelo en el jardín exterior, por el lado de la imponente puerta principal y de la entrada de vehículos por el lado opuesto, iluminaban parcamente estas habitaciones. En una de éstas, situábase hoy la Sala de Computación con sus ocho o diez computadores distribuidos sobre una consola en forma de U a lo largo de tres de sus paredes. La segunda habitación estaba destinada a las clases de baile y al grupo de teatro. En el gran hall del medio, una enorme mesa rectangular rodeada de sillas estilo Viena servía para las despedidas de los talleres y otros fines similares.

Aferrada al pasamanos de fierro de la escalinata de servicio, la mujer luchaba, escalón tras escalón, contra la artritis que entorpecía rodilla derecha y cadera izquierda y las lágrimas que temblaban en el borde inferior de sus ojos. En su interior, maldecía aquella pesantez depresora que se había apoderado de su ánimo en los últimos meses, provocándole el llanto a la menor provocación. El Encargado medía simpatéticamente sus pasos a fin de no dejar a la dama, de unos sesenta años, abandonada a su suerte en la escalinata estrecha y de pronunciada curvatura, sobre todo en tan desmedrado estado de perturbación. Al alcanzar la oficina de Secretaría, habiendo dejado tras de sí la amplia escala que conducía desde el primero al segundo piso, la mujer había logrado, no obstante, controlar las lágrimas. No así el dolor de la rodilla que la obligaba a descruzar las piernas tan pronto tomaba asiento. No era fácil abandonar un hábito desarrollado durante algo menos de medio siglo.

Agradecida. Sí, agradecía al Centro la oportunidad dorada que había intuido en la Internet. Sábado a sábado, metódica, desde hacía dos años extraía desde la red el material para sus traducciones. Comenzando por lo máspreciado: una copia impresa y un disquete conteniendo los 1.775 poemas en inglés de Emily Dickinson, sobre los cuales había comenzado a trabajar. Pero eso era ya historia vieja y en la actualidad había algo más de 150 poemas traducidos. En el último tiempo había descubierto los foros de académicos y educadores sobre aquella Poesía que la había cautivado. También es cierto que se encontraba mucha paja molida, como aquella virulencia de los 'gigas' en que terminaron enzarzados dos académicos jóvenes, ambiciosos y competitivos (¡qué diría de esto una Poeta que vivió del Amor, por el Amor y para el Amor –*My business is Love*–, el amor entendido como ágape pues, en su opinión, lo más probable es que no hubiera tenido una sola relación sexual en su vida, sea ésta con varón o hembra). En fin, con paciencia y tiempo, que le sobraban, era posible descubrir uno que otro diamante en bruto. Por otro lado, el conocimiento del idioma inglés, el manejo del computador y la velocidad de lectura y comprensión, adquiridos tras larga práctica, le permitían repasar raudamente los diálogos y extraer sólo el material que consideraba utilizable, el cual procesaba luego en su propio computador. Pues, lo cierto es que había mucha interpretación errónea, a su juicio, en la Internet, sobre las cuales se escribía y ensayaba *in extenso* y, en ocasiones en forma algo desaforada, como aquélla de una supuesta relación lesbiana entre la Poeta y la cuñada; y se transparentaba también el hecho incuestionable de la asimilación y apropiación de la búsqueda espiritual religiosa y filosófica del Poeta por parte de alguna determinada secta religiosa (la realidad es que tanto el sitio como el foro virtual más prominentes constituían sólo dos de los agentes

que hacían girar una enorme industria en torno al legado artístico y espiritual del Poeta, y pertenecían a aquella secta). Es así que las interpretaciones oscilaban como la giraldita en lo alto de una torre y la figura del Poeta ondulaba en los estandartes tanto de movimientos homosexuales como de credos religiosos instituidos. También resultaba evidente que el 'academicismo' y los métodos de investigación rígidos e ineludables, se imponían por sobre y en desmedro de la identificación anímica y espiritual y de la intuición del lector/investigador/traductor.

Inapreciable, por otro lado, la copia digital de la totalidad de los poemas. En un par de minutos era posible detectar y anotar los poemas en los cuales figuraba el vocablo '*pearl*', por ejemplo, y desentrañar el significado que el Poeta le había conferido en determinado verso, significado que terminaba iluminando el poema en su totalidad en la mayoría de los casos.

Y bien. Pero aquí estaba ahora: sentada ante la secretaria sin saber qué hacer con..., con esta desazón.

¡Agredida!... Es lo que siento. Me siento..., ¡¡agredida!!

—¿...?

—Verá. Abro el computador, como todos los días sábado..., y me asalta esta visión de mujeres semidesnudas, o desnudas en su totalidad, en actitudes...

—¡Ah, ya! Sí, hemos sabido de algún caballero que visita continuamente las páginas pornogr...

—¡Pero...! ¡Es que...! Este es un lugar compartido. Presuntamente por señoras y caballeros. Yo aquí me siento..., me he sentido... segura, hasta ahora —luchaba contra el nudo en la garganta y las lágrimas que volvían a agolpársele bajo los párpados—. Si quieren ver pornografía, ¿por qué no la

ven en sus casas, en la privacidad de sus cuartos? Ahora, éste no es un 'Club de caballeros'. Hay lugares donde los hombres pueden..., pueden dar curso... Por otro lado, ¡ya no hay con qué satisfacerlos...! Fíjese, mientras más se les da, más exigen... ¡Ya no hay límites!

–Sí, se ha discutido algo sobre esto. El problema es que no es posible regular el uso de los computadores. Tampoco es cuestión de llamar la atención a los caballeros. Cualquiera viene aquí, aduciendo que es pariente del Alcalde... La Directora ha tenido algunas dificultades...

–Sí..., he escuchado a más de un caballero referirse a esta comuna como un 'feudo' aparte... En el sentido político, claro, acaso social también, en su opinión; pero lo mismo da. Le confieso, por otra parte, que el término no ha dejado de sorprenderme; creí que la Edad Media era cosa del pasado remoto... Ahora, volviendo al tema, esto ha sido premeditado. Hay una diferencia entre visitar páginas pornográficas en un computador del rincón, y cambiar el diseño de escritorio de un computador que habitualmente no se usa...

–Le repito..., sabemos de esta persona. La Directora misma lo ha observado con disimulo alguna vez y ha visto..., ha visto escenas con niños... Pero..., le repito. No sé qué se pueda hacer...

–¡Exijo hablar con la Directora!

–No se encontrará hasta pasado el mediodía.

–Entonces, ¡por favor, transmítale mi... mi... –a estas alturas, las lágrimas resbalaban, incontenibles, por las mejillas encendidas, y los ojos no podían ocultar el dolor de la impotencia, el desamparo—. Fíjese, ahora el mundo de los hombres ha invadido hasta el living de nuestras casas, ¡para qué hablar de los dormitorios!, desde la pantalla del televisor... ¡Ya no hay

hacia dónde escapar!... Escuche, si no somos las mujeres quienes intervengamos..., no veo quién...

Tras concertar una cita, la mujer bajó rengueando ambas escaleras: la ancha destinada a los amos, y la estrecha diseñada para la servidumbre. El golpe del pie sobre cada escalón reproducía como *flashes* imágenes del pasado que creía olvidadas. Al doblar hacia la escalera de la servidumbre, resolvió desecharlas y dirigió su pensamiento hacia las señoras que veía a diario, prendidas a las pantallas en la sala de computación, inmersas en visitas virtuales interminables a los museos Del Prado, *Le Louvre*. No pudo evitar reflexionar sobre cómo ella misma había sido tocada por la Poesía –haría de ello unos seis años– y catapultada a la acción de escribir, por lo que su búsqueda al explorar en la Internet se orientó en forma automática hacia la 'hermana' en la América del Norte: *the Poet of the White Election*.

Al retomar su asiento enfrente del computador, extrajo lentamente un disquete de la cartera y lo introdujo en la ranura de la CPU. Tras un suspiro, entrecortado aún, sombreó el texto en la barra de dirección y comenzó a teclear: <http://www.geocities...> Al terminar, pinchó con determinación sobre el botón 'Ir a'.

Señora solitaria

(El 'destape' de la Gioconda)

Con un suspiro ligeramente enervado, se dejó deslizar sobre el asiento posterior del taxi colectivo echando de paso una rápida ojeada al reloj de pulsera. ¡Las once y treinta de la noche! ¡¡De un día sábado!!... Sin previo aviso, la fatiga se le dejó caer desmadejándole de golpe el cerebro y los miembros. Luchando contra la lasitud que amenazaba infiltrarse ahora hasta en la médula de sus huesos, se las arregló para afirmar prolijamente contra la puerta un rollo de cartulinas de colores fluorescentes; con un último esfuerzo, alargó unas monedas al conductor y recibió a cambio el boleto que guardó en el bolsillo exterior del bolso de mano. Sólo entonces permitió que su cuerpo se abandonara, y dejó caer la cabeza sobre el respaldo.

A velocidad de cruce, el automóvil dejó atrás el corto tramo de Diagonal Paraguay y continuó rodando suavemente y sin entorpecimientos por la calle Portugal rumbo a Diez de Julio, siguiendo la ola verde de los semáforos en la noche veraniega y semidesierta de Santiago. Cerró los ojos, rendida. ¡Al menos, llegaría en corto tiempo a casa y podría irse de inmediato a la cama a descansar! La mera asociación mental de lecho y descanso le inyectó un flujo vigorizante en el cuerpo y el espíritu. Girando levemente la cabeza, entreabrió los ojos y observó a través de la cortina de pestañas a su vecino de asiento: un hombre de unos sesenta años dormitaba, plenamente confiado, con la cabeza apoyada sobre el vidrio; cliente habitual, con seguridad, que se dejaba avisar por el conductor al aproximarse a su destino; la ausencia de frenadas o barquinazos le permitía disfrutar plenamente de un apacible y breve sueño. El pasajero del asiento delantero,

por el contrario, joven y ensimismado, ojeaba con aburrimiento mal disimulado a través de la ventanilla abierta hacia las calles desoladas.

Se obligó a cerrar los ojos nuevamente, dejándose acariciar por la brisa templada y despreocupándose del entorno. Los pensamientos aprovecharon la ocasión y volaron de regreso a la pequeña papelería. ¡Francamente!... Había que ser muy obstinada, o demasiado optimista, como para esperar que las ventas llegasen a remontar significativamente en vísperas de Navidad. A lo menos –reconoció, con desmayo–, no en la exigua y recóndita galería en forma de L invertida que bordeaba los muros interiores del edificio Olivetti y que sólo servía a los peatones (oficinistas y dependientes apresurados, en su gran mayoría) para cortar camino entre las calles Mac Iver y Moneda, frente a la Biblioteca Nacional. Y para colmos ¡se llevaba trabajo para la casa!... Después de haber invertido las trece horas recientes en el reducido local, limpiando sin descanso y prolijamente el polvillo negruzco que el smog depositaba a diario sobre cristales, repisas y mercadería; redistribuyendo en los dos pequeños escaparates los artículos de escritorio, de los cuales había que destacar necesariamente, en las presentes circunstancias pre navideñas, bolígrafos, lapiceros, agendas y pequeñas libretas; añadiendo, también, algunas baratijas como llaveros, marcos minúsculos para fotografías aún más diminutas, portalápices y tarjeteros; y sacando a relucir la aún más exigua existencia de juguetes: algunos osos de felpa y una media docena de rompecabezas y juegos de encaje en madera natural o esmaltada en amarillo, rojo y azul brillantes. Al tiempo que iba anotando precios, rebajas y ofertas especiales en un cuaderno que ahora se encontraba en el fondo del bolso de mano. En la última hora, habiendo puesto toda su atención y energía creadora en el decorado sobrio e iluminación del pinito navideño artificial, adquirido durante la temporada

anterior en una ferretería de la calle Merced. Y ahora..., debía pasar gran parte del domingo recortando con las tijeras zigzag etiquetas rellenas con letras y números de tamaño adecuado como para llamar la atención esquivada del menguadísimo público: el público transeúnte y la media docena de dependientes, quienes (sumando la farmacia de la esquina, la óptica contigua, los dos o tres salones de belleza y la florería) constituían toda la clientela que había logrado capturar al cabo de dos años de esfuerzo sostenido y extenuante tras el mostrador y la caja.

¡Lo mejor que se podría esperar, de acuerdo con la experiencia del año anterior, sería la venta de una o dos docenas de chucherías de costo ínfimo para el 'amigo secreto'!

A todas luces –reflexionó, bordeando filosóficamente el colapso– habrá que recurrir en éste el tercer verano sin vacaciones, al trabajo temporal como secretaria ejecutiva o administrativa de reemplazo en alguna empresa, a fin de solventar los gastos del pequeño local; en tanto los niños, escamoteándole igualmente tiempo a las vacaciones escolares, habrán de turnarse, a regañadientes y consumiendo, de paso y con alegre inconsciencia adolescente, los escuálidos ingresos de la caja en completos italianos, bebidas y una agenda telefónica sobrealimentada; hasta las seis de la tarde, hora en que ella acudiría a relevarlos, para montar guardia hasta la hora de cierre sacando cuentas y más cuentas, durante la espera infructuosa por algún comprador rezagado..., o definitivamente despistado.

Abrió un ojo para confirmar que habían dejado atrás la oscuridad poco menos que impenetrable de calle Portugal y la lobreguez noctámbula de Diez de Julio, y que enfilaban ahora por la Irrázaval remozada y luminiscente rumbo a las avenidas Egaña y José Arrieta. ¡Buen trecho aún!

Como para terminar de relajarse antes de alcanzar la casita arrendada en el extremo sur de La Reina, casi despeñándose sobre la comuna de Peñalolén.

¡Si sólo le fuera posible salir a la calle! En los últimos días de noviembre habían desalojado un local que encaraba, promisorio, a la calle Mac Iver, justo enfrente del edificio Olivetti; una de las innumerables ópticas hubo determinado cerrar sus puertas definitivamente, o mudar de sitio en pos de un alquiler menos oneroso. Por lo mismo... ¡el arriendo se encontraría totalmente fuera de su alcance! ¡Para qué soñar! No después de los dos primeros –y únicos hasta el momento– cheques protestados, y de la imperiosa necesidad que la obligara a abrir una línea de crédito ¡muy en conrea de su voluntad! Y pensar que la idea original había sido que la papelería, tras florecer y terminar siendo atendida por uno o dos dependientes de su absoluta confianza, le permitiera sostener una pequeña oficina de trastienda en la cual dedicaría la segunda porción de su tiempo laboral a aquello que realmente disfrutaba: sus traducciones y el trabajo intelectual; si todo ello prosperaba, hasta sería posible ampliar la oficina, adquirir algunos computadores, un fax, contratar una o dos secretarías que realizaran trabajos de transcripción de textos y otros servicios relacionados con las comunicaciones..., etcétera, etcétera. Después de todo, se veía venir que el futuro estaba en la computación y las comunicaciones. Acaso también fuese posible incursionar en la pedagogía computacional... ¡pero yaaa!

Ése había sido el proyecto original... Y a pesar de las ofertas, de sus precios rebajadísimos que le cercenaban las fantasmagóricas utilidades..., el público seguía prefiriendo la Librería Nacional, la Estado, y las demás grandes papelerías cuyos precios de venta superaban con largueza los suyos. En ocasiones, no podía evitar preguntarse si la gente estaría ciega, o si eran

estúpidas. Por otro lado, también es cierto que en el período de los artículos escolares, se había comenzado a vender cuadernos en plena calle, a precios fuera de toda competencia y sin boletas de compraventa. ¡Bueno!..., cuando no era lo uno, era lo otro.

La disminución ostensible en la velocidad hasta ahora regular del vehículo y el ruido creciente del tráfico, le anunciaron bajo los párpados cerrados –los que habían comenzado a agitarse bajo la marea de cheques y cuentas y saldos crediticios– que se encontraban cruzando Lo Plaza, acercándose a Plaza Los Guindos y Plaza Egaña. Un trecho corto por la avenida Egaña, ¡y ya estarían entrando en José Arrieta! De ahí a la avenida Tobalaba, sólo un par de minutos. Acabó por estirarse anticipadamente en un raptó desacostumbrado, aunque irresistible, de voluptuosidad, vislumbrando tras los párpados semicerrados la tersura de las sábanas *king size* en todo su albor, y la placidez celeste y sedante del papel mural de su dormitorio, solitario y muy 'matrimonial'.

¡Ah..., cómo extrañaba la hidrogimnasia y la natación de Patricia! Pero... en las actuales circunstancias, aquéllas habían quedado totalmente fuera de su alcance; los precios se habían disparado y ya no le era posible disipar las tensiones azotando el agua con los enormes flotadores de plumavit, para luego terminar relajando los músculos y disolviendo los pensamientos en el líquido templado de la piscina, antes de caer rendida de sueño casi en la puerta de su casa...

Eventualmente, se dejó mecer en un océano imaginario de agua tibia con olor a cloro. De manera casi insensible la papelería, el prospecto casi inmediato de vacaciones a transcurrir al pie del teléfono y la máquina de escribir, el colegio del año entrante y la universidad del subsiguiente, todo envuelto en la nebulosa de un futuro incierto y por resolver aún,

comenzaban a ser invadidos por la penumbra somnolescente, cuando una frenada repentina y una bocanada de aire fresco la forzaron a incorporarse violentamente en el asiento. Un nuevo pasajero subía en la esquina de Avenida Egaña con José Arrieta.

El joven, de unos veinticinco años, alto y bien parecido, vestido correctamente de traje y corbata como para un compromiso formal de fin de semana, terminó de acomodarse con movimientos precisos y económicos en lo que quedaba de asiento: el brazo derecho apoyado sobre el borde de la ventanilla, el puño izquierdo relajado sobre el muslo, el cuerpo levemente ladeado a fin de impedir que sus espaldas invadieran el territorio adyacente; no pudo evitar, no obstante, que su brazo izquierdo quedase en estrecho contacto con el de su vecina. Una rápida mirada en dirección de aquella y una ligera, casi imperceptible inclinación de cabeza le sirvieron de excusa innecesaria...

La presintió, más bien que la vio. Tras una segunda y brevísima ojeada, extremadamente parca y educada, terminó por dibujar mentalmente rostro, figura y aspecto de la desconocida, con los ojos fijos en el respaldo del asiento delantero: unos cuarenta y dos..., tal vez cuarenta y cinco años; la piel del rostro lisa, es más, ni la sombra de una línea que la delatará; cuerpo esbelto, acaso en tiempo pretérito despojado de algunos exiguos gramos adicionales; rodillas soldadas entre sí y muslos en ángulo recto con el piso, bajo el ruedo extendido de la falda. Al momento de introducirse en el vehículo, la mujer había cogido con presteza unas cartulinas enrolladas que habían resbalado sobre el piso, para luego sentarse con la espalda muy

derecha en el medio del asiento, ajustando apresuradamente la chaquetilla de trevira azul sobre el peto veraniego de seda blanca. El rollo de cartulinas firmemente apretado contra el pecho. Con la mano desocupada, luego de acomodar el bolso de cuero azul, había terminado por estirar aún más abajo y con disimulo la falda de gasa azul marino sembrada de grandes lunares blancos, convencidísima que estos ajetreos habrían de pasar totalmente desapercibidos. Sus ojos, al parecer oscuros, habíalos enfilado derecho al frente, siguiendo la dirección del vehículo y las maniobras del chofer con interés demasiado ostensible...

.....

*Brillas tanto de noche, encantadora, sí
y te mueves segura
y tu mirada que llena el aire de energía, sí
entre tierna y dura*

.....

La melodía había comenzado a fluir desde los parlantes situados a ambos lados del tablero de instrumentos. Con las palabras resbalando por alguna zona imprecisa de su campo auditivo consciente, y a falta de algún hito sobre el cual fijar su atención a lo largo de la mal iluminada avenida Arrieta, el joven optó por continuar reflexionando sobre la pasajera desconocida, siempre con la vista fija en la nuca impersonal del pasajero en el asiento delantero. Tenía un rostro, si no hermoso, gracioso –pues sí, agradable, constató tras otra brevísima mirada de soslayo– y plácido, más que nada; apaciguado luego de la ofuscación inicial y el revuelo y cambio de

asiento y el afán con las cartulinas a que diera lugar su ingreso intempestivo en el vehículo.

.....

Háblame de ti, bella señora

.....

Una tercera o cuarta ojeada, prudente, apenas sostenida, añadió algunos detalles más precisos: nariz respingada; boca, pequeña. Echó, de paso, una mirada sin mayor interés a las cartulinas...

.....

Háblame de ti y de lo que sientes

.....

¿profesora, acaso?

.....

Háblame de ti, de tus silencios

.....

La voz de Emmanuel, persistente desde el tablero, había ido tensando imperceptiblemente el tenue velo de su conciencia auditiva. El verso subsiguiente terminó por rasgarlo de golpe y sus oídos se abrieron por completo al sentido de las palabras...

.....

Háblame de ti, de tus amantes,

sí, de tus amantes

.....

Un sentimiento confuso, rayano en el pudor, le hizo voltear con brusquedad la cabeza en sentido contrario. Dedicó los siguientes treinta segundos a horadar la oscuridad de la calle a través de la ventanilla, la respiración suspensa, escuchando la melodía, anticipando la reanudación de la balada luego de la pausa...

.....

*y no te miras al espejo por la mañana, no
porque tienes miedo
porque tu piel con el sol ya no es de porcelana, no
como en el pasado...*

*-(Voz femenina) Es que soy tan mía-
Vives minuto a minuto...*

*-(Voz femenina) ¿Qué sientes tú?-
Un arrebató...*

*-(Voz femenina) Hasta que el mundo se acabe...-
Poco a poco me acerco y me estalla el cuerpo...*

.....

Se mantuvo calmado, aunque todos sus sentidos ahora volcados, inmersos en la insinuación de las palabras...

.....

*Háblame de ti, bella señora
de tu mar secreto, de tu noche oscura*

yo te encuentro bella como una escultura

señora solitaria

señora solitaria

.....

¡Señora solitaria!... Emmanuel: «Bella señora»... ¡Como para no creerlo! Podía percibir ahora la presencia de la desconocida con sus cinco sentidos; casi, se dijera, rozarla con dedos inmatrimales... La discernía a su lado serena, aunque no lejana. Cierta... calidez, vagamente inquietante, fluyendo de aquel cuerpo desprovisto, no obstante, de resonancias sensuales. Sus brazos continuaban en contacto... Si cerraba los ojos podía hasta sentir la piel de la porción desnuda del brazo de la mujer bajo la manga corta traspasar la barrera de la tela de su propia chaqueta. La desconocida no se había movido un centímetro, ni para estrechar el acercamiento ni para apartarse; por el contrario, la intuía absolutamente controlada.

.....

Háblame de ti, bella señora

.....

Muy lentamente ahora, volteó a mirarla una vez más. Despegando el hombro izquierdo del respaldo con exactitud casi milimétrica, giró levemente el cuerpo para mirarla de frente... o casi.

.....

háblame de ti sinceramente

.....

Bien, ella continuaba ahí, imperturbable; una leve sonrisa, monalísima, establecida en la comisura de sus labios. Al menos, en la comisura que él podía ver desde este ángulo...

.....

Llévame contigo a tu misterio

.....

Misterio... ¡Sí!... Un cierto misterio flotaba alrededor del continente reposado de la mujer. Algo indefinible..., una dulzura suave y vagamente melancólica.

¡Sábado por la noche!... Su mirada comenzó a apremiar... Todo el cuerpo terminó por virarse en dirección a la desconocida, desprendiéndose con desgana del roce seductor de su brazo..., y ya la estaba mirando de frente, abiertamente.

.....

llévame contigo a tu apartamento

a tu apartamento

.....

Turbado por la explicitud categórica del texto, se echó levemente hacia atrás, arreglándose las siempre para bajar la vista hasta el rollo de cartulinas sin parecer impertinente. El rollo subía y bajaba pausadamente, acompasado, rítmico. Un poco más arriba, la curva de la comisura no se

había alterado ni una pizca, suavísima. No obstante, la intuía con el alma en vilo, todos sus sentidos, al igual que los suyos, en tensión casi eléctrica y prendidos en la red que las palabras de Emmanuel tejía sutilmente en torno a sus cuerpos tan próximos...

.....

*Mi paraíso perdido lo puedo ver en ti, lo sé
no tienes nombre ni apellido
si dejas resbalar tu vestido...*

*-(Voz femenina) Es que soy tan mía -
Vives minuto a minuto...*

*-(Voz femenina) ¿Qué sientes tú? -
Un arrebató...*

*-(Voz femenina) Hasta que el mundo se acabe... -
-Poco a poco me acerco y me estalla el cuerpo...*

.....

Haciendo acopio de toda su capacidad de auto control, tornó a reflexionar sobre la pasajera desconocida... No es mujer fácil, en eso no había posibilidad de equivocación. También es evidente que no se deja llevar por el arrebató. Sin embargo, ¡cómo gusta!... Definitivamente..., de ella se desprende... sí, esa como... ¡calidez!

.....

Háblame de ti, bella señora

.....

Ni hostilidad, ni rechazo... Una aceptación muda, sin resistencia,
a la atracción...

.....

De tu mar secreto, de tu noche oscura

.....

que sin embargo, no se abandonaba... no claudicaba...

.....

Yo te encuentro bella como una escultura

señora solitaria

señora solitaria

.....

Sentimientos encontrados le invadieron de pronto, algo así como
un trémolo de ternura sostenido bajo fuertes percusiones de sensualidad...
Se veía ahí tan sola, tan frágil..., tan extremadamente '*solitaria*'..., sentada muy
erguida, aferrada a no sabía qué, algo que estaba más allá del cilindro
pedestre de cartulinas de un estridente color anaranjado. Distante... ¡y tan
accesible al mismo tiempo (*entre tierna y dura, sí!*)!

.....

Háblame de ti, bella señora

de tu mar secreto, de tu noche oscura

yo te encuentro bella como una escultura

.....

Una escultura... Sí, el perfil del cuello... impecable... ¿Se equivocaba o..., había adelantado un poco el busto como escudriñando la vía?... Ni una sola línea anticipando una arruga... Estaban por llegar al semáforo de Tobaraba... Ni la sombra de una papada... ¡Mi Dios, no lo permitas!... La voz de Emmanuel comenzaba a decrecer en volumen dejando, al mismo tiempo, frases inconclusas..., anunciando el término de la grabación...,

.....

Háblame de ti, de...

Háblame de ti de...

Háblame de ti, bella....

.....

¡se vuelve hacia mí...! Sí, ¡se vuelve!

.....

Yo te encuentro bella como una escultura....

.....

—¿Me permite bajar, por favor?

.....

señora solitaria...

.....

–¡Deténgase en la esquina de Tobalaba, por favor! –dirigiéndose esta vez al chofer, sin variar el tono uniforme de una voz educada, desprovista de inflexiones que denotaran emoción alguna...

.....
señora solitaria...
.....

y, sin embargo, el timbre de voz más desvalido que hubiese escuchado en su vida...

.....
háblame de ti, bella señora...
.....

frágil, quebradizo como el de una criatura...

.....
yo te encuentro bella como una escultura...
.....

A pesar de sí mismo, a pesar de su reposada compostura, desde aquel cuerpo femenino y maduro de piel tersa, miembros flexibles aún, que descendía del taxi y se deslizaba por el costado del suyo –de pie ante la portezuela abierta–... casi rozándolo..., continuaban fluyendo una corriente de simpatía y emanaciones cálidas, placenteras. Sí..., ¡intensamente placenteras!

.....

háblame de ti, bella señora...

.....

La voz de Emmanuel, difuminándose progresivamente en los últimos cinco o seis versos, terminó por diluirse en los orificios del parlante, desde donde había surgido lanzando al interior del automóvil aquel torrente de palabras y frases henchidas de significancias, alusiones y sugerencias. En tanto, la figura estilizada, muy erguida, alcanzaba la vereda opuesta de Arrieta..., sin volver jamás la cabeza. Y se desvanecía por la boca ancha y anohecida de la avenida Tobalaba, dejando tras de sí una estela ondulante de lunares blancos, brillando como estrellas a la distancia..., hasta ser devoradas por la oscuridad.

Había aprendido de modo instintivo, perficiente, cómo controlar los latidos del corazón y el ritmo respiratorio –y terminado por dominar este último a la perfección, mediante la natación aprendida tardíamente–, durante la práctica del trote controlado por cronómetro, a lo largo de dos años de gimnasia aeróbica y cardiovascular.

La gimnasia de Julián..., diez años menor cuando ella ya frisaba la cuarentena, hacía exactamente nueve años. ¡Julián!..., con quien –luego de un año y tanto de escaramuzas, encuentros y desencuentros, miradas que quemaban y no derretían convencionalismos–, habían terminado por rodar enzarzados en el abrazo fatal, ineluctable; ella, encendida de amor y de pasión, sedienta de ternura y de caricias, henchida de ilusiones renovadas

tras el fracaso matrimonial ¡y la laarga, laarga soledad!; él, deslumbrado ante sus propias y repentinamente alborotadas sensaciones..., no obstante tierno y delicado en la tregua dulce y postrimera a pesar de su inexperiencia inicial.

Julián..., quien había precipitado compromiso y matrimonio con la novia lejana y ausente el mismo día próximo siguiente que hubieron estado juntos por aquella primera y única vez... Y a quien nunca más volvió a ver a solas....

¡Nueve años ha! Bajo el manto del olvido arrebozante –raso helado, opaco y viscoso–, una suave oleada de tristeza le entibió apenas el cuerpo. En casa, la esperaban en el lecho enorme y vacío las sábanas limpias y frescas; refrescantes en el verano, frías e inhóspitas en invierno.

(¡Los cinco minutos más largos de todo el trayecto!...). Los pliegos de cartulina fluorescente apretados contra el pecho, la sonrisa indescifrable pegada en la cara como un esparadrapo, caminó con paso tranquilo y silencioso; un único estremecimiento, extemporáneo y casi imperceptible, aventó hasta el último vestigio de la polvareda que aquella estampida de sensaciones levantara al arrasarle cuerpo y alma en esos laargos, interminaaables cinco minutos. Sensaciones que sólo habían resbalado sobre su piel y cuya paja molida, sin la chispa del amor, no prendía el fuego en sus venas... Un leve suspiro, apenas aire –tal, se hubiese dicho, el soplo sordo que precede a la muerte–, en tanto sacudía mentalmente la cabeza enhiesta en un vano intento por desechar todo pensamiento (no obstante... ¡cómo le hubiese gustado compartir...!). Giró la llave en la cerradura y abrió la reja de hierro del condominio (tampoco pudo evitar sentirse halagada todo el tiempo...). Un rosa pálido tiñó fugazmente la cera de sus mejillas (¡Lástima!...). Cerró cuidadosamente por dentro, dándole doble vuelta al cerrojo (¡Y qué mirada tan desolada la del pobre joven!...).

Compartir... ¿qué? ¿Sólo un trago?... ¿Unas horas de conversación amable?... ¿Acaso algo más?...

En el silencio y la oscuridad del jardín, quedó flotando el misterio de la Gioconda de fines del siglo XX: un condominio cerrado, de cuya reja el hombre había extraviado la llave.

Memoranza

Mis recuerdos de don Galo Sepúlveda son de un hombre bueno. ¡Quién osaría atestiguar lo contrario! Bueno y fino. Veo con mis ojos de niña de 15-16 años –cuando a esa edad éramos niñas aún– sus ojos de un azul claro, brillantes de humedad perenne, severos e inocentes a un tiempo; el rostro de un blanco lechoso casi transparente, cruzadas las mejillas por una redecilla finísima de capilares rojos; la piel tirante sobre los pómulos, teñidos éstos de un rosa subido. La tensión en esta zona del rostro daba la impresión de que en cualquier momento terminaría por romper la piel, finísima como era.

Casi un anciano, de figura menuda y algo desmirriada, expresión dulce y reposada, voz suave de inflexiones casi quebradizas ¡cómo se imponía, no obstante! En la gran sala de lectura, única por lo demás, en la Biblioteca Municipal de fines de los años '50 en Temuco, se las arreglaba para atender y mantener en línea, asistido por sólo el ayudante busca libros, a las miríadas de muchachas y jovencitos que acudían a diario en busca de información o de lectura de sala o a domicilio. Jamás se le oyó levantar la voz ni se vio alterarse la placidez de aquel rostro de apariencia casi angélica. Su atmósfera personal desbordaba hacia el recinto, fluía. No inspiraba temor, sino respeto, reverencia. Apelaba, sin tener conciencia de ello, a la afinidad con el interlocutor, todos menores de edad.

En la sala de lectura reinaba el silencio absoluto. Casi religioso. Silencio de templo sin ritos inventados por el hombre. Silencio que venía bien al espíritu. El espíritu se estaba en él a sus anchas, libre y distendido. A veces era posible salirse de la lectura y expandirlo aún más hacia esa otra

dimensión, las pulsaciones se hacían una con un pulsar silente, desconocido pero latente.

El silencio podía también, en ocasiones, ser interrumpido por algún cuchicheo ocasional, cuando el interés de algún muchacho apartábase del texto para emprender un vuelo rasante por su cuenta, cruzando la sala como un moscardón, en pos de un corazón virginal; el cual corazoncito, al choque de las miradas, aceleraba peligrosamente sus latidos bajo la insignia de letras amarillas bordadas sobre el fondo azul marino del uniforme del Liceo de Niñas. Cuando ese mismo interés impulsaba al muchacho a acercarse al mesón en pos de la dueña de la insignia, don Galo, que aún por anciano e inocente, no tenía sin embargo un pelo de distraído, interponía la barrera azul de su mirada vigilante, restableciendo de inmediato el orden en la sala de estudio.

Una frase, que por manida y socorrida pudiera sonar a simple cliché con olor a naftalina en labios de una persona corriente, cobraba en labios y voz de don Galo Sepúlveda, la gravedad de un mandamiento: "*¡A una dama no se la toca ni con el pétalo de una flor, joven!*"

Y el aludido se quedaba ahí, entre las columnas del frontis de la Biblioteca, contemplando a 'su dama', junto a la infaltable amiga, alejarse muy erguidas por la ancha Avenida Balmaceda, los libros apretados contra el pecho, en estrecho coloquio en que sólo se movían los labios en dos cabecitas que resistían heroicamente a la tentación de voltear...

¡Qué tiempos aquéllos!

Se sabía esperar, sin ceder al primer impulso. Se lo educaba al cuerpo.

«Lily Marlen»

Marcha de amor

(remake; versión libre)

La tormenta arrasa en tierra y altamar,
los vientos arrecian, rugen por doquier,

y la borrasca me arrastra

lejos de ti, dulce mujer,

|:de ti, Lily Marlen:|

En medio del caos veo un faro brillar

y que en la distancia parece flamear,

es el lucero de tu amor

tu amor por mí, mi amante fiel,

|:por mí, Lily Marlen:|

Cuando el viento amaine y reine la paz
y el sol resplandezca en todo su esplendor,

junto a tu puerto ha de volver

mi barco que ayer partió

|:partió, Lily Marlen:|

Y la primavera verá renacer

un campo de flores como un nuevo Edén,

yo sólo quiero ser feliz

muy junto a ti y a tu querer

|:feliz, Lily Marlen:|